

Colección Volcán

12

CUADROS SIN COSTUMBRE

© Julio Serrano Echeverría
© De esta edición Metáfora Editores, 2015
+502 4855-3081
metafora@fipq.org
www.fipq.org

Cuadros sin costumbre
Julio Serrano Echeverría

Primera edición:
Quetzaltenango, Guatemala
diciembre 2015

Colección Volcán, No. 12

ISBN: 978-9929-40-xxx-x

Cuidado editorial:
Marvin García

Diseño y diagramación:
Alexander Socop Arango
Javier Gómez

Retrato del autor:
xxx

Esta publicación de Metáfora editores se encuentra registrada bajo una licencia Creative Commons 4.0 Internacional. Esta obra puede compartirse, distribuirse y comunicarse públicamente, siempre y cuando se reconozca debidamente los créditos de su autor y no se utilice para fines comerciales. Para ver una copia de esta licencia, visite: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>



JULIO SERRANO ECHEVERRÍA

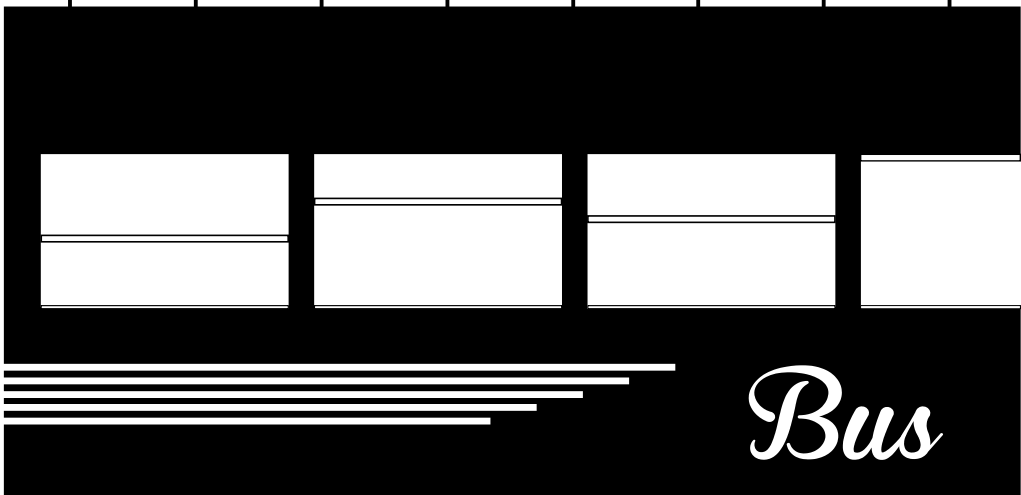
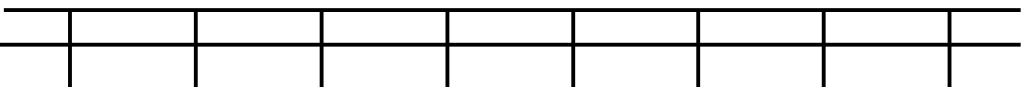
CUADROS SIN COSTUMBRES

Colección Volcán

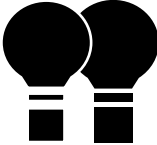
12


Metáfora
e d i t o r e s

a mis maestros de la calle



Bus



10, TERMINAL-ROOSEVELT

- Suben a vender lapiceros que pintan muy mal pero que tienen lamparita, compra dos por Q5

- Entrega las facturas para el cierre fiscal, cruza los dedos

- Pide un *shuco* en la esquina de enfrente de la oficina de contabilidad. A su lado un chico con gorra, camiseta de básquet transparente, pantalón corto de lona, una bicicleta pequeña y una cicatriz larga en el rostro

- Sube al bus, de regreso al trabajo

- Se cambia de asiento

- Sube un personaje de lo más simpático, una señora le habla a su hijo en algún idioma maya, se logra distinguir

cuando le dice «payasito», el niño se pone de pie en el asiento para escuchar: *A mí me dicen el gato viejo, cuando era chavo quería carne y ahora quiero pellejo*

- Baudrillard: «El arte es transexual a su manera», el autor está fuera de lugar, la cita no.

- Suben dos hermanos, fornidos, rudos, cuando el primero pasa al lado del payaso, éste detiene su parlamento para decir

Les presento a mi marido... perdón, a mi amigo

Ambos hermanos ríen a todo pulmón como lo harán con el resto del show.

A una mi hermana le decían la vasito de agua, porque no se le negaba a nadie

*A otra le decían Domino's Pizza, porque en media hora
estaba servida*

A otra le decían la motosierra porque no deja palo parado

- El bus en una pequeña cola llegando al Trébol, uno de los dos hermanos dice «mirá le están poniendo a esa chava» por la ventana tres ladrones, dos hombres y una mujer asaltando a otra mujer.

- Los dos hermanos se levantan rápidamente, se bajan corriendo y el bus se mueve. En Guatemala hay hermanos fortachones, con corona en el diente, colochos largos y mochilas que son capaces de reír a todo pulmón, reírse de sí mismos luego de una broma del payaso y bajarse a enfrentar a unos ladrones que asaltan a una desconocida.

- Un vendedor de pegamento en barra
- Una anciana cantando coros apocalípticos
- Ohmar Kayam: «más te vale haber reducido a la

esclavitud mediante la dulzura a un solo hombre libre que
haber liberado a mil esclavos». Eso de leer en los buses da
cada sorpresa.

TRANSMETRO, TRÉBOL-CENMA

Los regresos de la tarde, de bien tarde, tipo 9 pm.

No las colas obscenas de las 6, a esa hora solo los que se quedan en los turnos más largos. Una joven madre sentada. Blusa negra, cabello negro, dormitando. Su hijo, un niño de no más de 5 años, piernas delgadas y largas en pantalones cortos. El niño se sienta en el suelo del bus con la intención de bloquear con sus piernas una de las puertas automáticas del Transmetro, en cada parada su pie se interpone para impedir que se abran plenamente, igual sube poca gente. El niño a su madre:

-Mamá, ¿verdad que si mi papá no se hubiera morido me hubiera festejado mi cumpleaños?

-Sí papito -sigue dormitando.

-Y qué le pasó a mi papá.

-...

el sonido del sistema hidráulico de las puertas.

Esta vez se abren de par en par.

201, PERIFÉRICO-UNIVERSIDAD

La apretazón intestinal del medio día en el centro histórico me empujó a ese particular lugar del bus. Cuando solo la fila del centro queda libre, hay que hacerse de algún hueco en las laterales, un espacio, digo. Desde ahí, de pie a la altura de la segunda fila, observaba por el retrovisor del piloto

1) la sonrisa de la señorita colegiala que estaba sentada junto al ayudante

2) el rostro regordete y agresivo del susodicho

3) la mirada de flirteo de la señorita parada a la derecha del chofer, abrazada a un tubo del bus en abierto coqueteo

4) el rostro porcino del señor conductor y

5) mi indiscreta y descarada intromisión

El joven y robusto ayudante husmeaba sobre la falda de cuadros de la señorita los papeles que se interponían entre el vidrio de sus ojos y los muslos de la colegiala. “Qué tenés ahí” le dice arrebatándole las fotocopias que lleva en las piernas. “Tengo que analizar un libro como de 150 páginas, en los cuadro tengo que poner ejemplos de onomatei.. onomat... o-no-ma-to-peyas”, ella se percata que al ayudante le sonó a chino la palabrita, se la restriega en la cara “son palabras que se repiten y se repiten y se repiten, como toc toc toc toc, y de tanto repetirse dan un tercer significado”, la gorrita café del muchacho se movía de arriba abajo asintiendo con un gesto de “claro, era tan

obvio”. Ella cambió de página para seguir adiestrando a su posible amante, METÁFORA, se leía en la siguiente hoja, “esto sí sabés qué significa ¿verdad?”, el joven ayudante afirma en silencio y rápidamente vuelve al retrovisor a interrumpir el coqueteo de su señor capitán “¿ya no apareció el doscientos once va?” El chofer vuelve al reflejo con una sonrisa animal ante el cada vez más descarado flirteo de la chica parada a su derecha, “mano, contale a aquella que es lo que como todos los días”, se mueve agitado sobre su asiento. “Comida para perro, por eso ladro mirá, gggrrrr guau, guau”... una sonrisa a medias y la cara de signo de interrogación, ni la chica que cortejaba, ni la que estaba al lado del ayudante, ni el ayudante, ni el entrometido que

los observa desde el retrovisor entendimos muy bien a dónde iba esa exhibición canina o equina, a saber.

Había pasado un buen trayecto desde que salimos del centro y el calor, la apretazón y el maravilloso servicio urbano estaban haciendo sus estragos. El ayudante, un tanto nervioso, saca su teléfono celular, un frijolito, y se lo da a la colegiala, “anótame tu número que ya se llenó el bus”, dice mientras con la mano izquierda se acomoda un bulto en el medio del pantalón. Ella marca el teléfono y yo miro la hora, 13:25, esta hora no debería existir.

TRANSMETRO, MONTEMARÍA-CENMA-EL CARMEN

Abrir los ojos y no reconocer el lugar exacto en el que estás implica dos cosas, te equivocaste de línea o tu parada quedó atrás. Lo mía era la opción dos. Me pongo de pie decidido a transbordar, me sujeto de la barra al costado de la puerta, zombie, y en el minuto y medio que tarda en llegar el bus a la parada escucho a una pareja de chicos hablando. Pronto sería el día del orgullo gay y evidentemente esto motivó la conversación

- Mirá, ellos solo sienten placer por el ano (cerrando el puño como tratando de emular el conjunto de arrugas concéntricas). A ellos no les sirve la otra cosa, como me dijo uno la otra vez "yo para que quiero otro agujero, si yo solo por este siento".

Ambos muy serios, no estaban bromeando. Hablaban un tema de adultos, ella asentía a las palabras de su cono- cedor amigo que continuaba:

- Los gay son los que no se les nota, y que además todavía les palpita el corazón por las mujeres, o sea tienen de hombre y de mujer, en cambio los trans son esos que se visten de mujer y toda la onda; ahora los que se operan esos si ni madre tienen.

Ella interrumpe,

-Acá nos bajamos.

Dejar una historia a medias es una buena forma de terminarla. Pienso.

4OR, REFORMA-ROOSEVELT

Hombre, 50 años aproximadamente, con las nieves del tiempo plateando su sien. Bigote espeso, obrero de manos rudas, manda un mensajito de texto a alguien que, dada la expresividad, podríamos deducir que era su novia. Un suéter de cuadrícula negra y roja cubría los robustos brazos del caballero. Sus manos bastante torpes para un celular de última tecnología no sabían como dejar espacios en los mensajes de texto

"amorbuensdiascomoamaneciomidulcitomiamada-
REINA"

curiosamente, sí sabía poner mayúsculas.

4, UNIVERSIDAD-PROYECTOS

Un bus es como arrancar un pedazo a la ciudad, desprender el asfalto en medio de una manifestación o casi...

Términoal quintavenida bolivaralparque lajustovenezueladirectos chácara chácara univérsidaquilarbatres jocotales megaseis naranjo amparogranizobethania praderahiper pinula vivo chavo preciso preciso... dale mijo

Todo comienza pasadas las cuatro de la mañana. Un hombre se sienta al timón, está rodeado de cualquier cantidad de extraños fetiches, que van desde pequeños conejos de peluche, calcomanías y ganchos de pelo de quienes se supone uno debería entender que eran de sus novias. Se protege del frío de la madrugada con una

gorrita de lana vieja y una chumpa. Se persigna, enciende el motor que, como un gallo en la madrugada, despierta a los guatemaltecos con la ternura que sólo un taladro puede darnos. Y sin embargo...

Se mueve, la vida en la ciudad se mueve en buena parte gracias a estos buses. Son rojos, amarillos o verdes, pero todos, sin excepción, grises. A veces todo el metal que estos armatostes llevan encima parece un cuchillo oxidado. No se me ocurre ningún medio de transporte que pueda ser lo suficientemente incómodo, rudo y áspero para compararlo, pero es lo que tenemos. Algunos llevamos varios años utilizándolos, ya sabemos el origen de los choferes gracias a la pregunta del niño del chiste “mamá, ¿qué hacen los hijos de una prostituta con un

policía?”, hemos ido y venido por la ciudad arrempujándonos las ganas de golpear al ayudante o de ir sentado en alguno de los carros que se ven por la ventana, escuchando algo mejor que *la hora de los tigres* en una 63 a las 5 de la tarde. Y a pesar de todo, siempre llegamos, siempre volvemos.

Subirse a un bus es entrar a un extraño universo, están llenos de vida, llenos de historias y de voces, con su ética, su política y su estética. Todo como una batería al revés, mucha energía pero mal puesta, sobrecargada, cortocircuitada, la vida del payasito, del vende dulces, del pastor, cortocircuitada la mirada de la chava que te sonríe, de la viejita a tu lado, cortocircuito ceder tu lugar

a la joven madre que lleva a su hijo, cortocircuito hacerlo de inmediato, tres minutos después, cortocircuito no hacerlo. Quizás ese mismo sea el problema, demasiada vida tiene el animal, demasiado corazón apretujado en esta inmensa bestia de hojalata.

Los ayudantes son imprescindibles, qué sería de un bus sin un joven y fornido cowboy que arreara a las bestias, que chiflando y haciendo ruidos con la boca pidiera por favor *“siga la fila de en medio, allá atrás hay espacio”*. Todos parecen haber recibido el mismo curso de intencionalidad de locución: medio jananos y educadamente peleoneros, todos cantan igual sus ya aprendidos discursos: *métala, ya cayó, daleee, preciso señores, vaya los de la terminal, chavo*

de gorra correte,, etcétera. Su trabajo se divide en cuatro complicadas tareas, arrancar de la mano de los pasajeros una moneda, ordenarlos para que pueda ir la mayor cantidad de gente colgando, sacar el brazo para “pedir vía” y poner la cara cuando alguien se pasa de la raya e insulta al señor chofer.

Los choferes se sientan en el único lugar que parece cómodo en todo el bus, se postran como Jabba the Hutt en su trono. A ellos, cerebros de la criatura, no se les molesta, no se les grita, no se les in-te-rrum-pe. Observan el mundo desde las alturas y por el retrovisor, y cuando se levantan de su asiento, tiembla, se escuchan los tambores, se marchitan enteras las flores del jardín de los vergazos.

Las cosas se parecen a sus dueños, nuestros carontes de las pesadas naves no son la excepción. Ellos, los educados y atentos (sí señores, existen, pocos, pero hay) tienen un bus que espera, que frena, la mayor de las veces limpio. El resto, la gran mayoría, son como son, se meten donde quieren, en la dirección que quieran, a la hora que quieran, déspotas de los metálicos animales, se meten, chocan, golpean. Taxonomía binaria, o son muy buenos o son una mierda, triste maniqueísmo.

Son viajes iniciáticos, lo que se mira lo que se oye y lo que se siente podrían replantear la teoría de la evolución, la puerta de un bus abre paso a una dimensión desconocida, a un universo bastante inesperado.

Por la mañana la mayoría tiene húmedo el cabello, la ropa planchada y la camisa dentro, acicalados pero aún con los párpados hinchados. Loncheras, mochilas, la sonrisa es todavía es posible. Correr para llegar “si lleva prisa levántese temprano” dicen unos rótulos al frente.

Pasa veloz del día, frente a un computadora, en un mostrador, atrás de una overlock, en un call center o sentado en un pupitre, y otra vez a os buses. Ahora despeinados, sudorosos, malhumorados y cansados. Entre las cinco de la tarde y las ocho de la noche no hay más que sacar al animalito que llevamos dentro, aullar, refunfuñar, gruñir, tener listas las garras y escabullirse en un bastante agitado zoológico.

Intimidad, discreción, espacio personal, pura fraternidad, es el expresivo afecto urbano: nos encanta abrazarnos, nos encanta poner nuestra axila en el rostro del otro, ensartar nuestra bolsa en el abdomen del de atrás o, qué sé yo, acercarnos con cariñito hasta el hombro del que está sentado frente a uno, pura fraternidad.

Luego de que pareciera que es el mismo diablo del chiste el que va haciéndose hacia atrás en el pasillo y pasa mediovidrioso medio satisfecho: permiso, permiso... Un noble ciudadano inconforme después de haber sido: manoseado, sabroseado, tashtuleado, vasculeado y forsi- voluntariamente carneado, grita amablemente al ayudante algún sofisticado improprio mientras el segundo, nada

agraviado y bastante acostumbrado, responde con una sorprendente cortesía si querés ir sentado pagá Taxi.

Sigue uno el recorrido, en el mejor de los casos todos llegaremos a nuestras casas, descenderemos de un bus, acalorados, cansados, con las manos dormidas, las entrañas oxidadas de la bestia, son definitivamente solo un lugar de paso... En la esquina porfa... gracias jefe

ÁLAMO, XELA-GUATE

Iván hacía el intento de explicarme algunas características del bus en el que íbamos sentados, los choferes de la agencia lo han iniciado en el mundo del transporte pesado en estos casi tres años de andar en el turismo. Que tienen tantas velocidades y que dependiendo del bus en el que andés no podés sobrepasar el límite de revoluciones porque se te embrecan los frenos, detalles por el estilo. Iván aprendió a manejar con un bus Mercedes Benz 2005 travesando en el bulevar del aeropuerto, *“el Carboncito me enseñó, con aquel nos sacamos un bus un día y nos fuimos a la autopista de Escuintla a practicar”*.

Regresábamos de un viaje a Xela y nos tocó en la última fila del pullman, una pésima línea de transporte

que nada tenía que ver con el Mercedes del turismo. Este, en el que íbamos, transportaba ganado, así, a lo bruto. La temperatura del motor hacía que espalda y culo sufrieran el mismo desagradable exceso de calor. El ruido de la maquinaria nos mantuvo bien despiertos todo el camino. Oportuno para hablar, “*Vieras los buses de la agencia*”, me contaba, “*parecen aviones*”, se trata de cuidar al cliente, de mantener frescos y felices a los grupos de jubilados franceses que le dan de comer.

Ponele, hay un chófer, ya ruco que también se llama Iván, que le entra la perseguidora cuando venimos de regreso, dejamos a los turistas en la frontera y este cerote se pasa comprando su ración de coca para mantenerse prendido todo el camino, y le mete la

pata con todo a esa mierda... Este chofer tiene la costumbre de que en los tramos más veloces acelera lo más que puede mientras grita, arengando al bus para llegar más rápido, el cachalote de última tecnología se transforma en su caballo, le afloja la rienda y lo pateo duro.

Iván, el del volante, necesita llegar a su casa, no aguanta más las ganas de estar con su mujer, a pesar de haber estado con varias de las turistas durante casi un mes y medio de trabajo sin descanso, desea como nada en el mundo ir a coger con su esposa. Al llegar a la ciudad, el chofer, le pide a su tocayo que le acompañe a recoger a un travesti, necesita inspiración. El capitán abre la puerta, sube a la muñeca de espalda ancha, la coloca junto a el

volante y le pide que se baje el pantalón, todo esto sin detener el bus, maquinaria en movimiento nuestro conductor acaricia los testículos del travesti mientras grita nuevamente, esta vez no a su caballo sino a esos rollizos huevos que juega entre sus manos, hace eso por varios minutos, hasta que está lo suficientemente inspirado para llegar a su casa a cumplir su cometido. Baja al travesti, lleva a Ivancito a su casa, guarda el bus y enfila hacia su esposa.

Otro chavo de la costa,, el Carboncito, es un gran cabrón para manejar, pero tiene un trabe bien raro, mano,

el joven chofer de 28 años disfruta acusando de homosexuales a todos los que lo rodean, Iván, el guía, es el más

inmediato, todo el viaje recibe la chingadera de Carboncito, “vos hueco sos”, se engalana transpirando testosterona prendido a su timón. *Una vez que me tocó compartir cuarto con este pisado, salió el chavo en bolas del baño y se puso a verse aquella babosadita, entonces empezó a hundirse la paloma “mirá, qué parece”, me decía “mirá”, empuja y empuja, cada vez más profundo, Carboncito disfrutaba viendo en el espejo lo que alucinaba como su nuevo sexo, emocionado ante aquella imagen le suplicó a Iván “tomale una foto a la pusa de Pedro”. La cámara de un turista francés registró aquel extraño milagro.*

En la oscuridad y calor del pullman no hubo gestos ni comentarios de los que compartían con nosotros aquella

última fila de asientos. Llegamos a la ciudad. Un par de horas después, desde el Messenger terminábamos las historias atrás del volante:

(11:30:30 p.m.) Ivan: en el último viaje cuando iba pa la frontera..

(11:30:34 p.m.) Yu lai Po: ajá

(11:30:55 p.m.) Ivan: nos encontramos a un grupo de campesinos que caminaban en la noche... les dimos jalón.... y...

(11:31:23 p.m.) Ivan: nos dijeron... por lo menos no son los años ochenta cuando nos quebraban el culo así no más...

(11:31:35 p.m.) Yu lai Po: belleza

(11:31:51 p.m.) Ivan: simón..

(11:32:07 p.m.) Ivan: luego.. nos contaron.. de sus familiares que se los tronaron..

(11:32:07 p.m.) Yu lai Po: puta, qué fuerte

(11:32:11 p.m.) Ivan: simón, pero no termina allí..

(11:32:23 p.m.) Ivan: lo peor.. fue que los dejamos.. se llama Nentón el pueblo, en Huehue.

(11:32:51 p.m.) Yu lai Po: ya, y ahí se quedaron

(11:32:56 p.m.) Ivan: simón...

(11:33:11 p.m.) Ivan: pero lo más fuerte.. fue que el

Kwi-kwi.. como yo le llamo al chofer.. paró el bus.. y era como la 1 de la mañana...

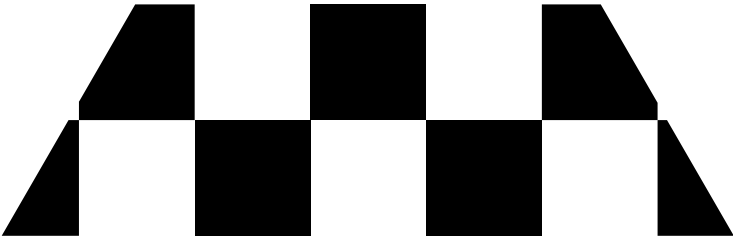
(11:33:46 p.m.) Ivan: se puso a chillar... y a chillar..

(11:34:49 p.m.) Ivan: el kwi-kwi...fue kaibil...

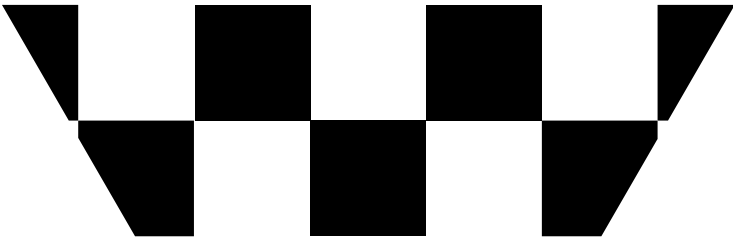
(11:35:04 p.m.) Ivan: y te juro que ahora su vida es
más un infierno que antes.

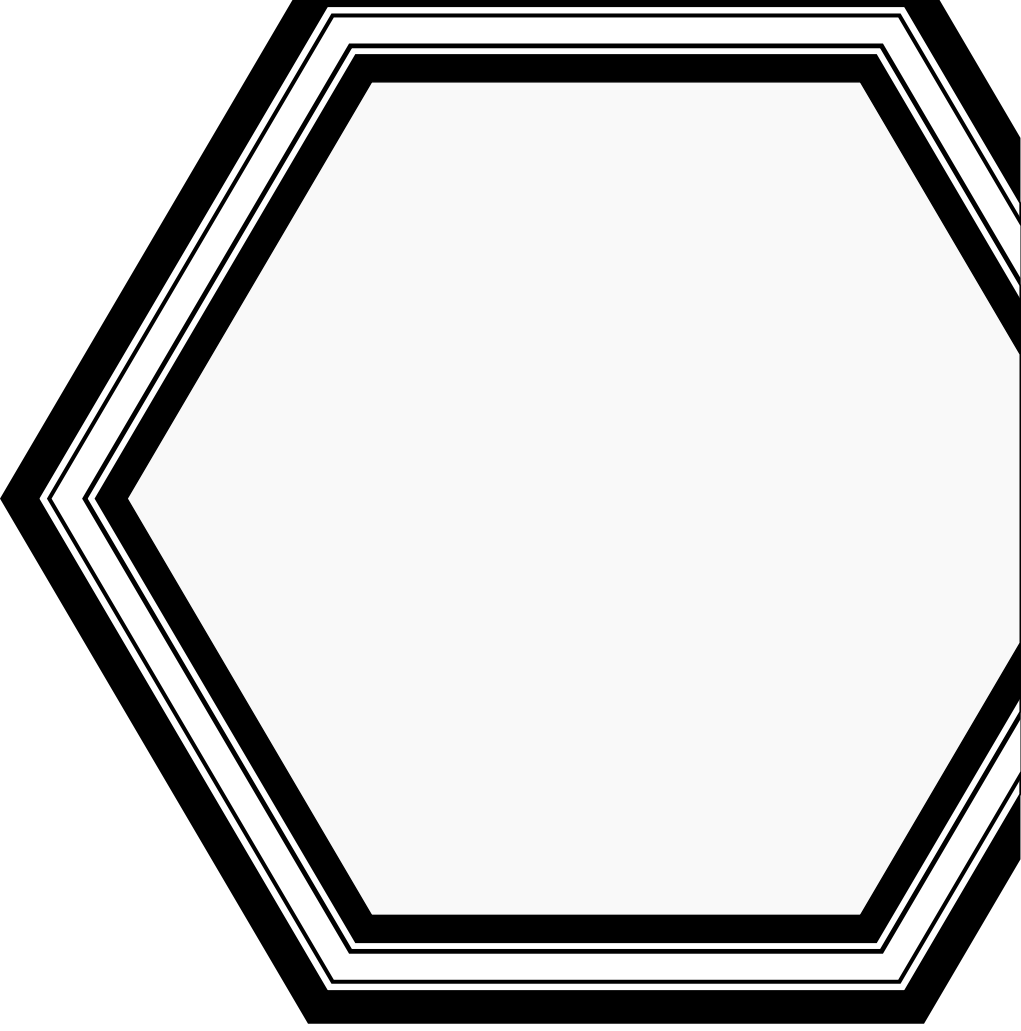
(11:35:33 p.m.) Ivan: y nada más..

Y nada más.



TAXI





AGUILAR BÁTRES

Don Rigoberto es mi taxista. Se parquea a dos cuabras de mi casa. Hombre sencillo, arrecho y con pocas historias para ser taxista. No es particularmente interesante, pero la sabiduría le viene espontánea.

-¿Qué onda usted, qué tal su viaje?

-Bien, don Rigoberto, tranquilo.

-¿Mucha miel de abeja?

-No, o bueno sí, bebiendo y comiendo de a galán.

-Cuántas horas se hizo para acá.

-mmmm, como 18 con todo y escalas.

-Puchis, un montón va usted. Pero mire, ¿el mundo es infinito verdad?

El comentario le venía del corazón, fresco y ancestral
a la vez, le salió con un tono de voz distinto, como una
especie de declaración de amor cósmica.

-Eh... bueno, le podemos dar vuelta al mundo, eso
fijo.

-Sí, pero si nos vamos para arriba, el mundo es infi-
nito.

. . .

...

OBELISCO

Noche extraña, de esas en las que no deberías siquiera tratar de interpretar, mutis. Lo mejor es ser sombra, porque cuando la oscuridad viene a los hombros, hay que confundirse, dejarse llevar y perder la voz, anocherse.

Los proveedores de taxi de siempre no estaban, es la escena de tocar la ventana y esperar que se despierte el taxista que ha recostado su sillón para esperar a alguien como yo. El hombre lleva puesto una sudadera amarilla con capuchón, se intuye una especie de personaje de South Park pero un poquito más retorcido. Se le nota algo extraño, algo distinto. Le doy el dato de siempre "Reformita, por la Chicharronera San Jorge, a dos cuadras de ahí"

(para el manual de usuario del taxi:

primero colonia,

luego referencia y finalmente

la cantidad de cuadras dividido dentro de 2).

El caballero me cobra mucho menos de lo que esperaba y cuando me siento me dice "*sí, es que fijese que tengo una lesión en el cráneo entonces eso me arruina el sueño*" todo con una voz torpe, voz de accidente, voz de estar en el lugar equivocado.

Despega la nave ante la mirada indiferente de la fauna nocturna. Un nudo en la garganta, una noche en el corazón, la noche de la noche.

El señor taxista conduce balbuceando historias posibles para el delirio Madmax de la zona 10 a la una de la mañana. Le pregunto cómo fue lo del cráneo, me cuenta que manejaba cabezales en Tiquisate y cuando fue a dejar el cabezal al predio se regresó en su moto, pero que él tenía un Honda Civic, porque esos carros son mejores, además le había costado caro pero que era el carro que él merecía porque... *entonces viera, me fui en la moto y...* sigue el balbuceo, extraño, como quien debe responder a sus voces bajo amenaza de desconecte absoluto, *iba en la moto y bala adflj as lajeljenñ, alhejmno sjamloe slin, lsnqfi, cnaoen, !!!! ogfala, entonces el carro me empezó a perseguir, y yo en la moto porque él sabía que yo era testigo y me tiró, yo solo recuerdo*

que estaba bien pero el carro retrocedió para rematarme pero la moto se le ensartó en la llanta y explotó la llanta y me dijeron que no era la primera vez que ese carro hacía eso, que ya lo habían cachado antes...

-en la pasarela a la derecha porfa

-ajsdaf qerlk ajblejmente son treinta y cinco, joven.

SAN JUAN DE DIOS

El viejillo era más bien verde, bigote, sonrisota, bonachón. Me subí y solito se puso a hablar, era de los automáticos, de los que tienen sensor de movimiento.

Como siempre lo primero es el clima. Luego la obligada “¿desde hace cuánto trabaja en esto?”, para el caso diez años al volante lo tienen bien entrenado para estos diálogos. “De acá salgo a traer clientes hasta las once, que se va el último, luego me voy a la emergencia del San Juan de Dios. Ahí a esperar a los enfermos, los muertos no, para eso hay un montón de chavos de las funerarias como que son buitres”.

Sobrada fama tienen los enterradores en nuestra sociedad, son como los sobrecargos de la muerte, cae uno y ellos le caen a los que quedan. “Viera, cuando se murió mi mamá, al nomás llegar a la casa ya estaban ahí estos cabrones”. Esa es lección ve, ponerse de acuerdo con médicos y enfermeras para que no solo le avisen cuando alguien muera sino le den toda la info, dirección, teléfono, altura, peso, algo como la ficha migratoria de la muerte. Me dice el viejo “Recuerdo una vez que murió la mamá de un general y no se animaban a darle la noticia los soldados, hasta que uno agarró huevos –Mi general usted siempre ha dicho que el agua es vida. Mi general, doy parte que a su mamá le cortaron el agua”, contar

viejos chistes como si fuera una anécdota tu vida es otro nivel. Eran casi 12 horas de trabajo las que yo llevaba encima, pero me reí, el viejo terminaba su historia cerca de mi casa, “No usted, yo le pido a Dios que la gente se enferme, porque así los llevo y los traigo”. Y se me juntaron las horas de trabajo con la paredes del San Juan, con los sacos desgastados de tanto luto, con los zopilotes en la orilla del cementerio, con la muerte cotidiana y hermosa, con la angustia de los servicios funerarios de mis papás, con la noche que siempre se junta con las luces amarillas de los postes de luz, con un chavo pidiendo una “etiqueta roja” en la farmacia que está frente al San Juan a eso de las nueve de la noche, porque ya no

aguantaba porque necesitaba echarse un *chimichurri* de alcohol noventa; con la esquina de mi casa, con el *déjeme aquí*, cansado y segurísimo que ese taxi siempre va a tener gente enfermita que llevar.

ROOSEVELT

Los taxistas son los oráculos. Ellos lo saben todo. Ellos lo ven todo. Ellos agitan sus llaves de chuchos mágicas y lo consiguen todo. Por eso hay que tenerles respeto, por eso siempre hay que verlos a los ojos y estrechar su mano con dignidad, porque ellos siempre tienen una cámara en el cerebro que captura nuestras almas.

Luces de emergencia, ventana abajo y un leve gesto hacia el exterior “¿a dónde lo llevo?”. En esta ciudad todo puede suceder. TO-DO. Era Otto, el chofer del bus escolar de los Simpson que decidió volverse taxista en la Ciudad de Guatemala, con sus colochos, su gorra y

sus audífonos, con su mirada de metalero de los ochenta víctima del acné.

Me subí y empezamos a hablar con otra de las fórmulas de copiloto “y qué onda mano, ¿todo el día en el taxi?”, una pregunta llevó a otra y las calles decidieron el rumbo de la conversación.

Corte A

Una vez subí a unos vatos en la zona 10, y me llevaron al arenal por la zona 14. Me llevaban con un machete en el cuello, iban bien jalados, el dinero les valía verga, “hoy sí te morís pisado”, y en el camino en el carril contrario venía una patrulla y me le atravesé abrí la puerta y me tiré del carro. Les metieron la verga.

Corte B

Iba un don con un chavo va de alegarse mano, y yo como siempre “no es mi pedo”. Moví el retrovisor para no verlos. Al rato ya no se oía nada, cuando miro los dos cuates dándose una gran socada, calculá.

Corte C

Íbamos para la zona 21 con el chavo cuando el loco sacó una pistola y me pidió que apagara el carro y trató de disparar, el cerote saber qué le había hecho que se le quedó trabada. Se bajó, “tuviste suerte chavo”, el man se alejó y al ratito regresó somatando la pistola que se le había chingado “solo vengo por mi mochila”, metió la

mano por la ventana agarró la mochila que había dejado olvidada y se safó.

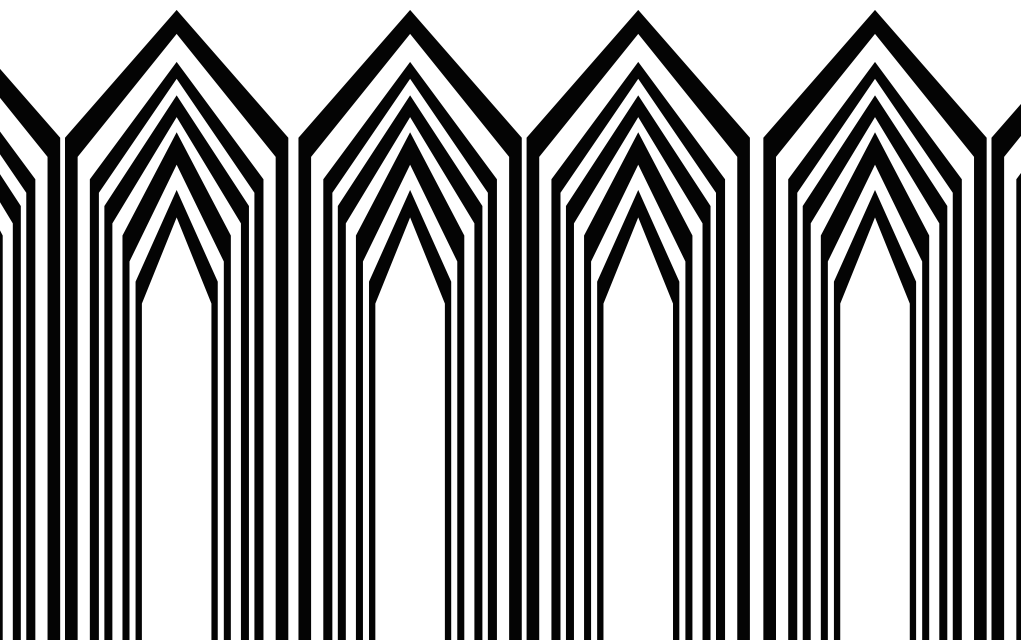
Corte D

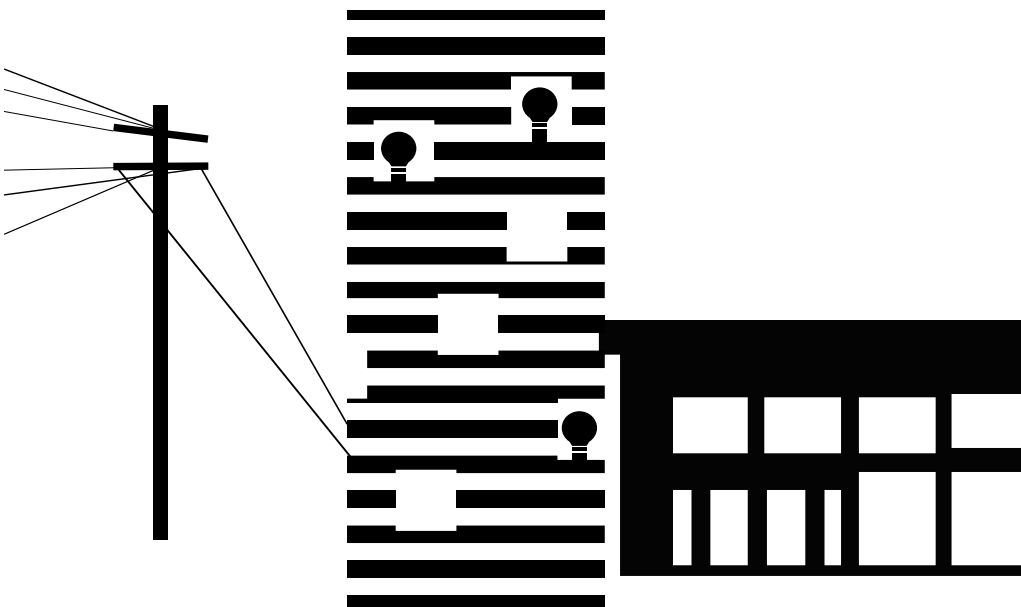
Un viernes me pararon cuatro putas acá mirá (pasando por Montúfar), las llevé a comprar mierda y a comer, me invitaron a sentarme con ellas y a las 3 am me dicen “cuánto al puerto”, “500 varas”, y fuímonos. A las 4 am llegamos al mar, me pidieron que las llevara a un hotel, en la habitación una de ellas sacó una pantaloneta y me la dio, para ponerme cómodo. Salí de ahí hasta el domingo, juntamos las 3 camas y cual rey, dormí, bebí y cogí con cuatro pulgas.

Corte E

La chava me gustaba un montón y me dice “mire y luego cuando el ceviche me haga efecto ¿qué hago?, mi marido no está”. La fui a traer a su fiesta de cumpleaños “vamos a Mariachis”, y nos fuimos pero directo al motel. A las 6 am la entré cargada a su casa. De regreso iba por el periférico y dije, voy a cerrar los ojos este pedacitos solo para descansar la vista, desperté por el ruido del árbol en el motor y el dolor del timón que se me ensartó en el estómago, pasé 5 días en el intensivo. Tan coche uno va vos.

BARRIO





Soy quien se ha visto reflejado en la orilla del mar, mezcla profunda de su rostro y su sombra. Algo como eso soy y así me dicen. Soy las letras que salieron de aquellas letras, esas invocaciones ajenas que me apropio, que me robo, que aprieto y somato; aruño el signo lluvioso para colarme entre la nube, lo estiro, le quiebro un lado, nodo rizado, nodo lampiño, nodo tostado al fuego lento del sol testigo, nodo animal y nodo humano, el más bronceado y talishte de los errores de la Matrix.

El centro de América es un largo recorrido de asfalto y terracería. Hermosas sobras marinas florecen en sus bordes, pequeños altares de caucho dedican su imaginería a máquinas hechizas para la reparación de llantas.

Extensa carretera esta tierra de puertas resguardadas por cortinas de corcholata, como aplausos de latón en vespertina penumbra.

Y en la robusta velocidad con que alguien recorre este autoservicio, agasajado en su trono, rey de los caminos, se observa alrededor la imagen distorsionada de una enorme copa para coctel, todo acá, parece una cevichería, y la sombra de los autos parece fruta marina sacrificada al sol por el asfalto, y el corazón guardando con cuidado el

nombre ocasional de la vida, líquido vital es en la celeste
copa de coctel.

Más allá, al norte, alejándose el sonido de las trocas,
el desierto lagartija carcomiendo los pies hasta el puro
hueso, y los hombres lampiños que se trenzan la esperanza
en el rostro de la sed, y la llaga de la carne devorando
el corazón bajo las tetas, ceviche occidental es para un
viernes que anochece por el frío.

Eso que sale de los nudillos cuando se aprieta la masa, cuando se destripa el barro, cuando de tan congelada el agua se rompe la bolsita, ese excedente desestabilizador de los vasos comunicantes, algo como el grito, como la malla del estadio cediendo ante diez mil muñecos de más.

Ese espíritu futbolero cayendo al alma como la muerte al rocío.

El apretado disparo sin querer queriendo, lava volcánica serpenteando en la piel del lenguaje desnudo, piedra caliza donde las ancestrales almas bailan su anónimo ritual de reverdecimiento (¿de dónde salió esa huella en la tierra?).

La reventazón de los que son la piedra y son la ola,
la orilla acumulada en los bordes, el beso aproximándose
desde la comisura del labio y el que no se confunde cuando
pronuncia tu nombre.

Marta Julia se llama la cascabel del parque. Se llama
sagrada la culebra, se llama diosita tiernita ella, se llama
el fuego de la mirada luz de todas las desempleadas almas
sin oficio de este cielo. Se llama círculo enrollado entorno
al hueso, al hueso de la sin hueso, al hueso etéreo de la
calavera-adobe, se llama Marta Julia porque se le respeta,
se le tiene distancia a la culebra, al fuego cristal de su
lengua, de su curativa saliva pharmakón del miedo, del
encantador baile de su abdomen revolcándose en el suelo
y su piel dura y salada.

Qué bueno Marta Julita que podemos secarte, qué
bueno que podemos moler tu carne y hacerte crema,
sí Martita Julia, crema de cascabel para los sudores del

cuerpo, para las ampollas estas que nos revientan el alma,

Marta Julia.

*Tiemblo cuando escucho mis palabras sin decirme nada,
tiemblo cuando me escucho en una pantalla porque hasta ahí
pude escucharme, porque solo puedo escucharme cuando apenas
puedo verme.*

Qué raro baila las canciones que no comprende, qué mal pronuncia las palabras desde la pista. Qué raro el saco y el puño cerrado apretando la última moneda de la rocola.

El personaje del día, del dancing, de jugarle la vuelta a la noche, de otro chanchullo. El que baila solo con su camisa roja, el príncipe del swing saludando desde la más cálida espalda del mundo, el que cierra los ojos y atrapa en su corazón el frío fantasma de un póster de Marisela en traje de tigresa.

El que no se acuerda de nada ni tiene promoción del colegio ni compró la chumpa ni empeñó el anillo. El que

tiene dibujado el sol en el cuello de la camisa y se guarda
para él solo la sonrisa.

El que llegó y llegó y no se dijo Sergio y no fue
bailador, el de los mocasines blancos y las gafas, a quien
dejan entrar de gratis porque la dignidad ha de ser algo
como sus manos.

Porque al rey no se le niega la puerta,
ni el musicón,
ni el decantado baile de salón para tejerse en la piel
un ritmo de tacones en la oscuridad.

El que paró la música y paró la fiesta para dirigir unas
palabras y llorar un poco.

El que una noche de domingo ya cansado de no escuchar nada abrió la mano y se gastó la última moneda.

El que abandonó la sala y acariciando el hombro de la muerte se disculpó,

Permiso seño, el rey va a pasar.

No Jaibito, también hay trampa cuando uno se muere, cuando se te mira en tonos grises cayendo, cuando se te aparece un perro a lamerte el costado de la herida, y tiran el cuerpo del otro compadre en un basurero.

También hay trampa en los que no se olvidan, en capturar la imagen de un cadáver rodando, cayendo del lomo de una burra hasta el suelo.

Los olvidados no están cabales, Jaibito, más allá del obsoleto conteo de las cruces a la par de cualquier nombre, más allá del ruido de las plazas y los pañuelos atados voluntariamente al cuello para recordar en technicolor el mismo áspero aullido de las mejores, de las normales, de

las peores mentes de tu generación y de la que sigue, y las que como todas caerán de rodillas al final de un horizonte atemorizado por la redondez de tanta tierra, más allá de la posibilidad de que suceda, o no, siempre están los huesos.

No, hay truco, premeditada alevosía de la misma mirada a blanco y negro de todos los que se cubren de polvo en construcciones derruidas y casas abandonadas. Las niñas hermosas siguen vaciando leche sobre sus muslos, y los jaibitas seguimos retorciendo las palabras para acercarnos a la piel madura del amor.

No se vale hermanito ver tu cuerpo cayendo en una pantalla a blanco y negro, ahora que casi logramos repro-

ducir todos los colores en las salas de cine, aunque la oscuridad allá adentro sigue repartiéndose en la mirada asustada de nuestros ojitos asustados.

Igual nos sigue retorciendo el pecho ver desde una butaca cómo se cae, cómo se revienta el cuerpo en un camino desgastado. No Jaibito, no se vale, eso es trampa.

Las nueve de la noche es una buena hora para tomar un bus. Hay más espacio, igual se va parado pero es distinto. A las nueve de la noche, el calor de un bus, es casi humano.

Se sube uno distinto, el que va ahí recostado en el tubo no es él, es otro.

En la mirada no hay mucho por buscar, el párpado marchito y un tanto más oscuro no dice nada, a nadie le dice nada, no hay ánimo de escuchar.

Pesa demasiado un bus a esa hora de la noche, el motor se escucha fuerte, es el silencio de las manos apretándose al tubo el que lo hunde y lo hace crujir.

La luz se refleja también cansada, como un caracol pegado en la ventana.

Todos regresarán.

Llega la parada. El otro camina, sabe hacerlo, sabe acelerar el paso sin que se note, sabe ser invisible, sabe que su mirada tiene que ser rápida y asesina, no puede mostrar la esperanza de un corazón tibio ni su piel salpicada de color. Sabe muy bien que debajo de los puentes, en las esquinas, en las curvas pegajosas de la noche, es la muerte quien vigila y un parpadeo en falso, un apretar la bolsa, un algo de más en el cristal del ojo es suficiente.

El miedo tiene que saber guardarlo, cuidarse de no dejarlo caer, que se parezca al cansancio pero jamás al

miedo, jamás al temblor, que no se vean las pupilas dilatadas.

No es la paranoia de la foto de un cadáver en el suelo ni los sonidos lejanos de una semiautomática, no lo es, no es así de trágico, se sabe, se intuye, que en el mejor de los casos casi todos llegarán a su casa a escuchar noticias, a prender la tele.

Esto nos queda, distancia arrinconada en el miedo que nos producen los disparos. El vapor extraño atravesando la noche hasta el cuarto, y lo inútil de pedirte que no lo respires.

Cómo me duelen hoy los nudillos y el pecho de ponerle siempre la tierra a la tormenta, y así, curtida mi piel, en los extremos temperamentales del día me detengo recio a disfrutar tu cuerpo, y esto es lo que nos queda, reconocernos en lo que nos deja de humanidad la ruta, sacudirnos con ternura el polvo, porque no estamos más para las ruinas, sacar de entre la ropa unas caricias que junten nuestros ahorros de vida y prendan la habitación de fuego.

*Soy un poco también el silencio de los que no supieron
nombrar a sus creadores, mi voz espantada como pájaro y disparo,
mi voz ahogada tiene por madre aquel silencio.*

*Esta mi piel sin lengua es la memoria, esta constelación
de cicatrices y estrellas es el libro olvidado que se reconstruye a
fuerza, a vergazo limpio se hace memoria el tiempo en mi piel sin
lengua, mi piel-serpiente que reescribe en el papel el habla.*

Perdóname por haberme confundido entero con la noche, por haberme aprendido la espalda de los postes, todo yo oscuridad, toda mi piel noche. Porque con el blanco nunca pude, nunca pude confundirme con el amanecer, ni con el mediodía. Siempre fui la noche, los techos oxidados, los pasos imperceptibles sobre las vigas, *quien busca los clavos sabe caminar liviano*, me decías.

Mi luz alumbra lo negro, negro sobre negro escribiendo palabras negras, canciones negras; mi luz es el reflejo silencioso de la sombra de la tierra, es un arrebato de dolor y de ternura, como cuando se quema el suelo, cuando se cuece el barro.

Eso que escuchas crujir cuando duermes es mi queja,
el lamento de la pena que no vuelvas a besarme cuando
abra los ojos. Esta noche no me encontrarás porque me
tragarán las sombras, me acostaré en el cielo ennegrecido
como yo y me haré fuego oscuro, mar sin madrugada.
Perdóname por no amanecer contigo, recuerda siempre
mis besos cuando veas que en la noche arde el cielo.

Un hombre solo, observa con precaución la hora,
golpea la puerta apaleando un poco la luz, uno que trata,
uno con punta dura en el zapato, con suelas arrastrando
la esperanza en el asfalto, suelas torcidas de no dejar caer
la carga.

Arde el viento de la tierra girando, arde el dado que
corroe apresurado nuestros pasos, arde tanto caminar
sobre la grama y no prender el fuego esta noche sobre
la piel, nada a propósito del calor, es una espina helada
adolorida, es un cristal, una bala corrosiva y transparente,
un morir liviano, algo que no se mira

*Todo ante mis ojos es una larga cuerda, cuerda-serpiente
como mi piel, once dimensiones de puro lenguaje, supercuerda-
superserpiente que sabe la historia del inicio de todo, que sabe
descifrar las palabras del libro-cuerda-corazón-serpiente que
nunca esperó mi nacimiento.*

Este amor callejero no es como el de los abuelos,
el áspero mineral contagiado a nuestras manos
con cierto lenguaje obsceno y despiadado
con que cantamos, nena,
la fuerza asfáltica donde colisionan a
veces nuestros cuerpos,
algunas balas ineptas por innecesarias
y unos descarados besos que encienden
las esquinas por la noche.
Nos observan desde lejos ventanas acusadoras
pensando en cuán bajo hemos caído al amarnos rudos,
animales,
sucios a la vista de todos.

Porque los abuelos no lo hacían así.

Uno lo ve en las películas a blanco y negro,

ellos se colaban al granero y se acariciaban entre la ropa.

Por eso quema ahora el castigo de la inmoralidad,

porque los abuelos, nena, ellos supieron

no dejar sus apellidos

en las seis mujeres que parieron los

cuarenta y cinco tíos nuestros,

aquello es imposible de alcanzar a

nuestros reguetoneros deseos

y al sueño de tener un día, muñeca, una hermosa niña

a quien le pondremos tu nombre.

Travieso, mi niño, mi negrito inquieto, arrullo trasnochado de mis sueños, florecita de mi banqueta despeltrada de tanto clavarle el diente. Mi ventana rota, cristal madrugador, guardián de mis deseos, Bernabé Travieso, papito mío. Estas lágrimas lavan mi dolor en el agua de rimel que tiñe mi vestido.

Bernabé Travieso, Travieso mío, entiendo que no debí dejarte plantado en aquel cuarto secreto, ni debí dejarte esperando mi retorno en un catre de tijera, cama humedecida de nuestro vértigo. No me odiés por alejarte mi palidez y su sarcoma, ahora la muerte recita en mi nuca tu nombre, como cuando me soplabas vos para empujarme tus palabras lindas. No me odiés, corazón, por llevarme

en las entrañas este animal extraño que me muerde la vida, es que ahora me siembro en la tierra para volverme una nueva flor.

Pero qué iba a hacer yo, decime, yo que renuncié en silencio a mis secretos, yo que miraba mi nombre tatuado en tu pecho, y te miraba ahí dormido mientras pensaba, vos tenés que reproducirte porque la gente linda como vos tiene bebes hermosos y rosados para felicidad de la prisión de mis flores marchitas.

Yo también me puse en el pecho tu nombre, Travieso, con un clavo hice un cruz en el suelo, besé la tierra para que te acompañara más allá de mis manos y luego me marqué, me marqué con vos, con lo que me queda

apenas y se me cae como pintura vieja. Me descascaro mi amor, me quiebro, quizás volviendo de nuevo al polvo, los pedazos de mí acaricien otra vez tu máscara enmudecida y tu recuerdo.

Acá el fuego, una bestia hambrienta. Bestia de larga historia de azufre, plomiza y edulcorada, una que no habla y se hace la loca solo para poder lamer en tus muslos la miel silenciada de las buenas conciencias.

Prefiero no hablar de las noches que lleva esta bestia en ciernes, ni de la rabia acumulada que cae sobre tu cuerpo cuando cae, de cuánto palo encebado apunta al cielo como un revólver.

La bestia tiene largas las manos y no se cansa, la bestia tiene larga la cola y grueso el leño ardido que le accorda el pene, porque es en las propiedades alquímicas de su miembro, en las medidas exactas de la destrucción premeditada de la luz, del baile lúbrico y literal de sombra.

La bestia es toda ya en mí, sangran mis nudillos,
espumea mi hocico. El fuego, mi vida, este fuego, ya no
me dejará tocarte.

Nada nos asegura sobrevivir en las sombras. A pesar de los hábitos ámbar de los postes de luz y las iglesias abandonadas a media noche. Muy a pesar de estos pueblos fantasmas.

Big mama la oscuridad, como abuelas antiguas que nos cuidaron la infancia, que nos mandaban descalzos a reconocernos en la arena.

Nada nos asegurará el camino, ni el disparo preciso, ni la suerte tatuada en nuestras pieles como vírgenes de Guadalupe vecinas del panteón familiar. Nos costó entenderlo, sobretodo esa noche cuando dos hermanos pandilleros cuidaron de nuestras almas sin cartuchos, persig-nándose dedos largos y uñas negras sobre el pecho, ellos

vienen con nosotros, decían presentándonos a los demonios.

Aquella noche aprendimos a olvidar la nostalgia de la luz y a masticar naranjas en la madrugada, como el paso silencioso de un hambre penitente y clandestina. Ellos nos enseñaron sus tatuajes como un conjuro fraterno. En la espalda, en los brazos sea leía con claridad que nada nos aseguraba sobrevivir en las sombras.

Es sencillo encontrar mi rostro en el espejo del agua, cuando un puño antiguo golpeó fuerte los cielos y los mares y los plurales esos de los que nos hemos acostumbrado a extraer la vida. Cuando el puño de un otro lleno de historia y miedos quebró los cristales, el agua se hizo añicos y llovieron los pedazos rotos de aquel espejo, en esa refracción de la imagen, en ese dislocamiento de mi rostro en pequeños cristales, ahí encontré el sentido de mis signos, no soy el mar ni su encaprichado reflejo, soy lo que flota denso en medio, soy el invierno.

Sombra atrapada.

Blanca cerámica como taza en lavadero.

Roja y desgastada como cubeta plástica.

Embrocado es un cuerpo desmayado sobre una roca.

Se embrocán posillos verdes con florecitas blancas

Se embrocán cascos invisibles en

construcciones a la hora de almuerzo

Se embrocán en silencio hartos de miedos cuerpos

abrazándose el vientre ensangrentado

Embrocarse es la nube en la cabeza del volcán Santa María

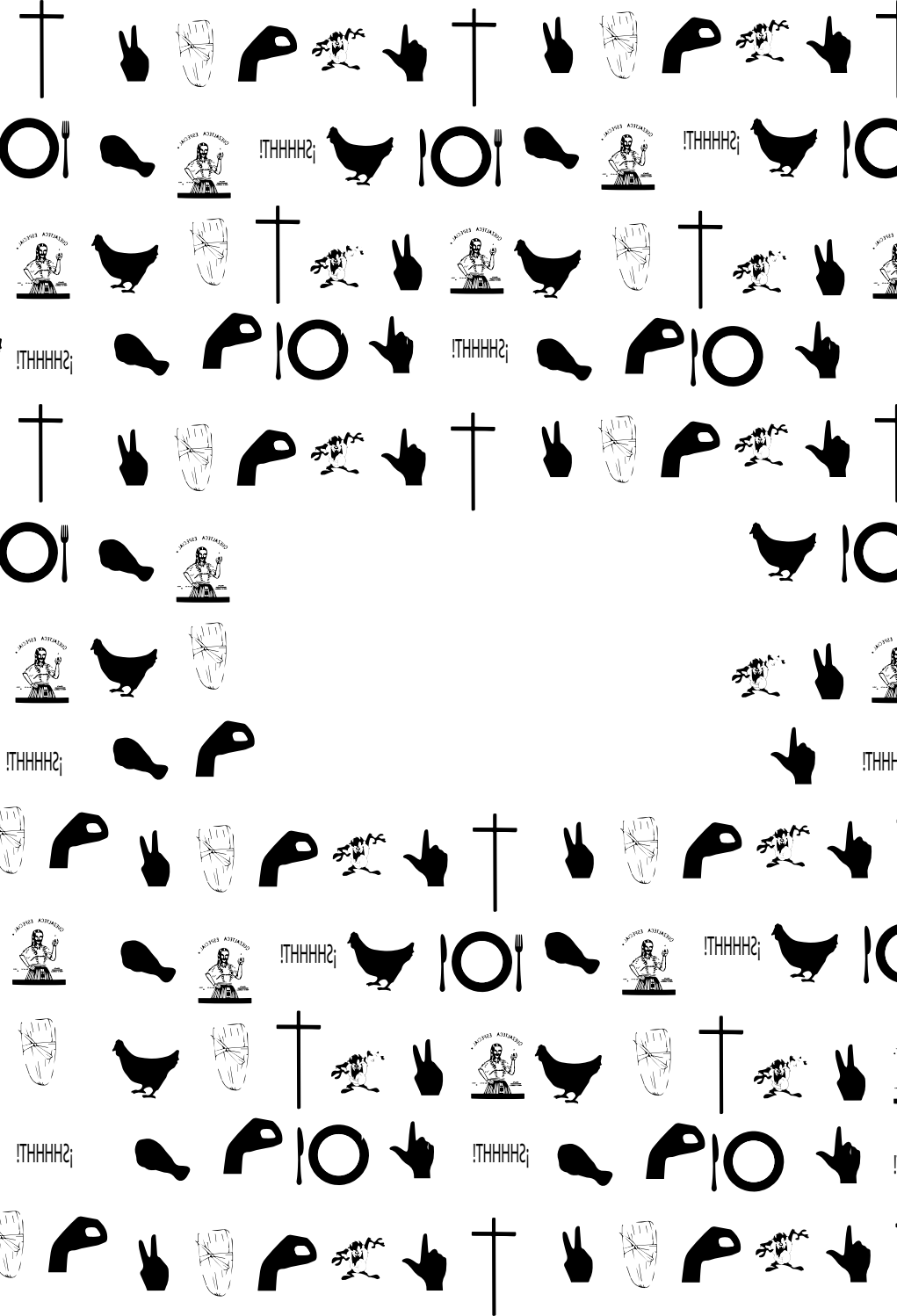
a las siete de la mañana

Es el balde grandote junto a la pila,

el lunes que la ropa se secó

El borde de la luz, su orilla filuda es herida indiscreta
en la lengua, chaye es el signo de los litros explotados,
chaye es la trampa en la arena gris, venenosa de Champe-
rico, chaye es el cabello despeinado de los muros de adobe,
el reflejo cotidiano de la cuneta donde la luna se acurruca.
El chaye es el ladrido más hostil del perro, es el rechinón
transparente de las llantas, es el piquete, la arena hervida y
enfriada en seco por un recorrido en el aire y su inevitable
explosión en la pared. Cristales son los chayes, dientes de
fantasma son los chayes, verduguillos de cristal. Piedra
en la ventana, piedra en la botella, piedra en la mirada.
Pellizco cuidadoso con dos dedos.

CALLE



PEATONES DE MIERDA

Al final de la canción *Me convierto en marciano* de Molotov se escucha una frase que me trae una curiosa imagen "El peatón no es un tope, amigo del pecero, maneje con precaución", nos imaginaba, a los de a pie, regordetes y blanquitos, chaparritos, con una franja amarilla en el cuello: bolardos, como Arturitos de cemento. Nos fantaseaba ahí manchándole el culo a algún carro "ah estos bolardos de mierda, ¿para qué los ponen!", miraba a mis compañeros sancarlistas encapuchados arrancándonos del asfalto, porque si nos quedamos ahí sembrados les robamos parqueo.

La dignidad existe porque se tienen derechos. Y se tienen derechos solo si existís, si estás ahí, visible, real, nombrado. Y todo queda claro, los peatones somos fantasmas. "¿Para qué se atraviesan?, si me quedo me llevan preso a mí, por mula". Mi hermano venía en un pullman de Xela una madrugada en la que luego de un frenazo se sintió como las llantas pasaban sobre un bulto, el sonido de la astilla, el sabor de la médula ósea restregada en el asfalto, un chucho, sí, *atropellamos un chucho señores, todo bien, sí, todo bien*, era un chucho.

-Los pasos de cebra en Guatemala tienen solo 4 líneas, 2 en cada extremo, porque siempre hay un carro-moto-bicicleta-bus-carreta-hijaelagranputa atravesada.

-Si el maldito se está atravesando, acelere, si le da gana cien puntos y él aprende a no atravesarse.

-Si el semáforo está en amarillo acelere, si además de pasar le da al maldito, 200 puntos.

-La pasarela está a 3 cuadras y yo voy a "La tienda de enfrente".

-Si el maldito de paso es mujer hay que aprovechar a decirle algo, bocinarle, tocarle el culo, quedársele viendo fijamente cual chuleta. Extra bonus si logra que baje la mirada.

-La vía la tiene el carro siempre. En la mayoría, en la gran mayoría de los casos, quien va al volante es lo único que tiene.

-Retroceda con calma, si le da a alguien será culpa de él.

-Si usted es chofer de bus no recibirá bonificación por atropellos ni abuso a los peatones.

-Por salud mental será mejor que lleve la ventana cerrada, así no escucha el grito del maldito.

MARTA JULIA

René Francisco Maltez, don Paco, ha dedicado toda su vida a la medicina natural y a los parques. A sus 58 años elabora artesanalmente una crema dermatológica de alto “poder curativo” que vende todos los días y a viva voz a pocos pasos del kilómetro cero. Una serpiente en el suelo nos invita a acercarnos a la sombra de un árbol para conocer su poder.

Yo voy a trabajar veinte minutos, veinte minutos lo voy a quitar. Voy a enseñarles las propiedades de esta serpiente. Acérquense un poquito, si es que no van de prisa, si es que son curiosos

A las ocho de la mañana el Parque Central da paso a solitarios oficinistas que, lonchera al hombro, caminan

rápidamente viendo el reloj. Quizás un grupo de personas estén organizándose para alguna manifestación, mientras en la fuente alguno de los habitantes de la plaza lava su ropa. La temperatura empieza a subir y con ella el sonido.

...no quiero que el día de mañana me vaya a decir como me dijo un señor, mire don, cuánto vale su casaca, aquí no hay casaca, la casaca las carga el bombero.

Vendedores, naturistas, tahúres y hasta parasicólogos ocupan su lugar o esperan su turno, don Paco, el más antiguo de ellos, “trabaja la calle” desde los doce años. Estudió hasta sexto primaria y luego en un instituto naturista científico práctico de Santa Lucía Milpas Altas. Prepara medicamentos naturales que curan un largo de

listado de enfermedades, que van desde el cuidado de la piel, la protección del hígado, próstata, y hasta eliminan el desagradable olor de los “sudores del cuerpo”. Actualmente es el amo y señor de la crema de cascabel, elaborada con la grasa y carne de la serpiente. dorada y posteriormente molida.

Si quiere vivir de ahuevo yo los invito muchá, ahora si quieren vivir hechos mierda los dejo a su conocimiento.

El Parque Central tiene vida propia, no son pocos quienes se sientan a tomar un baño de sol y de humo. Aquí es la oficina de nosotros, dice don Paco, quien ha sido testigo de muchas de las noticias que vemos todos los días, este es el Parque de la Constitución y de los lamentos,

acá vienen a parar huelgas a diestra y siniestra. No nos metemos en problemas, la gente es la que hace la bulla, nosotros no.

Mire el chino es seco, el chino no anda aplastado en una silla de ruedas, ni anda en muleta, chino vive recto, come rata blancas, usted sabe que come una rata blanca, come pan, come tortilla tiesa, no como el coche.

Si se acerca el oído, digamos a una cuadra de distancia, se confunden: el sonido de la campanita de helados, unas bocinas viejas y “el pueblo, unido, jamás será vencido”, un predicador, los latigazos del pastor de cabras y la voz de una señora que tiene tapados los ojos con un pañuelo rojo, prediciendo el futuro de los que la miran.

*...este es el animal más des-gra-cia-do del desierto,
de allá de la costa sur, si usted la ve en vivo, en directo
a todo color, yo le aseguro que le tiene miedo, se llama
víbora de cascabel señores*

Mientras la “mentalista” ocupa su casi hora y media de turno, don Paco aprovecha a abastecerse de materiales, antes de salir de casa su mujer le recordó que los recipientes donde se almacena la crema se le están acabando. Años de trabajo han perfeccionado en él los procedimientos, no es en vano la experiencia, primero en el Parque Concordia, luego en el Parque Central, además de las múltiples mordidas de la cascabel: en ambas manos se ven extrañas cicatrices y cortadas, “la cascabel da 72 horas

para que uno se muera, si no tiene un primer auxilio”, comenta.

el hombre del monte oye este sonido a un kilómetro y sabe qué dice el paisano yo voy a desenvainar el machete, dice, porque allá en el monte anda la muerte.

Luego de la mentalista, va un tahúr que además vende productos medicinales, y luego don Paco. Es la una y media de la tarde. Las personas aún no se han dispersado de la última “presentación” cuando don Paco inicia su convocatoria. Transeúntes llamados por la curiosidad escuchan los sorprendentes consejos de salud, mientras algunos colegas del gremio observan sentados en una

banca cercana. La sombra de un árbol es el mejor lugar para hacer un círculo con una bolsita de agua pura y atender, saciar la curiosidad, vender el producto.

Usted no es varón o ya perdió la hombría, no me vaya a decir lo que me dijo un don “estas babosadas son adorno del hombre”, sino, cuando llegue a su casa y vea a su mujer va a tener que pagar ayudante y todavía no ha comprado camioneta.

Don Paco abre un maletín, en su interior los frascos de la crema de cascabel, un micrófono, y dos envases de un octavo llenos de algún extraño material. Don Paco despliega la piel seca de una cascabel y termina de sacar un bultito envuelto en un pañuelo rojo, sí, es Marta Julia,

o Margarita como le ha puesto a otras, la mazacuata con que instruye a los curiosos.

Yo tengo 60 años muchá, no necesito tecomates para

nadar

El gesto tranquilo y un tanto cansado de don Paco se transforma totalmente, las arrugas de su rostro acentúan la fuerza de su voz, los vendedores ambulantes, los políticos populistas y los predicadores neopentecosatlespostapocalípticos tienen el mismo tono (salvo que los vendedores ambulantes son los únicos que te ven a los ojos y sonríen cuando das tu dinero y te entregan una crema, un dulce o un cuaderno de recortes). Habla y habla sin detenerse, sin titubear, seguro de todo. “Siempre hay que

agarrar un libro porque es necesario”, dice al referirse a su aprendizaje, sabe de dermatología, medicina general, botánica y, por supuesto, conoce el lenguaje de la gente, el caliche, el tono exacto para hacerse entender.

*Hay veces que así les gusta que uno les hable, pelado,
a calzón quitado, nunca le gusta al chapín que le hablen
con amor.*

Habla un poco menos de una hora, le fue bien, dos tarritos de crema por diez quetzales, eso, durante años, le ha bastado para pagar la renta, la comida y sacar adelante a sus tres hijos “ellos son estudiados”. Termina, guarda en su maletín sus implementos, se limpia el rostro grasiento por las demostraciones, y regresa a su casa, a almorzar y a ver

televisión.. Escucha algo de música, La sonora santanera,

Bienvenido Granda, y a veces, los Beatles o Grand Funk.

“No la llevamos fatigada, sino, llegamos más viejos y seguimos

con la misma fatiga de todo el tiempo”. Mañana, el mismo árbol

estará esperándolo.

MATEO FLORES

Un animal herido somata la puerta tras de sí. Es una bestia tranquila, pero a punto de reventar, se tuvo que cargar la frustración un par de buenos kilómetros, en medio de esa trenza de lucecitas rojas de las desesperantes colas de carros, “cómo son de inútiles estos pisados” se repitió todo el camino, como una letanía que estrellaba contra el timón del automóvil. En la esquina inferior izquierda de la pantalla, justo cuando se escucha el somatón de la puerta, se observa la expresión de un niño de más o menos 9 años mirando nervioso al armatoste embrutecido que es su padre. Sin embargo, lo lleva de la mano, entran juntos y él, el

papá, demuestra a su hijo cómo se es un buen perdedor, gastó 300 quetzales en las entradas, 175 entre comida y la botella de ron de la previa, 450 entre las dos camisolas originales [flashback: abre la bolsa de la tienda del gatito, extiende la prenda como un trofeo ganado a fuerza de su lealtad con el equipo, acaricia la tela como quien pela una manía: una pinza con 4 dedos. Toma la etiqueta, observa la marca y lee atrás “made in Bangladesh”, sí, “esta es la original, no esas mierdas chinas que venden”.], 10 pesos por pintarle una bandera en los cachetes a su retoño, y 20 de parqueo “¡son unos ladrones estos mierdas!”, un padre ejemplar demostrando que todo ese dinero no importa si se sabe perder. Fue sabio de su parte no alterarse, no

seguir chupando, no ir a lamentar con sus amigotes esa ignominiosa derrota de la cual se resiste con todas sus fuerzas a acostumbrarse.

¡METAN A THOMPSON! Grita un aficionado desesperado, una carcajada colectiva le da la razón, no era él el culpable, pero luego de haber pasado los primeros 45 minutos del partido cagándola, la afición en todo su derecho gritaba al unísono (miles de bestias enfurecidas y babeantes) “¡FUERA THOMPSON, FUERA THOMPSON!”, ocasionalmente se escuchaba también “no le den la bola a ese negro imbécil”, lo que resultaba particularmente triste, porque, de no ser porque era obvio que se referían al portero, no darle la bola al negro

significaba que un delantero, dos volantes, un defensa y un alto porcentaje de los que miraban el partido –incluyéndolo a él- tampoco tocarían el balón.

Queda todo bien claro, lo que importa es lo que los muchachos en la cancha representan, los colores que llevan, el colectivo tras de sus sueldos; los jugadores individuales no valen nada. Que gane el equipo y sobretodo la afición, ese es el sentido de todo el vendaval. Tanta energía invertida para esos 90 minutos, ojalá los jugadores supieran administrar la testosterona ajena.

No se pueden entrar botellas de ningún tipo, ni monedas, quedan prohibidas las armas clandestinas, las balas improvisadas que puedan desnucan a un árbitro (en

un juego en Mazatenango noquearon a un árbitro con una piedra de hielo, por ejemplo). Alguien, atrás del padre abnegado, recuerda en silencio que una vez trabajando en la hemeroteca, leyendo un periódico quetzalteco de 1932, leyó la noticia “se prohíbe gritar improperios en el estadio”, esto para evitar dar mal ejemplo a los jóvenes que llegaban a apoyar a su equipo, el absurdo fue que un par de años después una noticia decía “se prohíbe jugar pelota en las calles”, un acuerdo municipal que prohibía a los jóvenes jugar fútbol en la calle para no entorpecer el tráfico vehicular, y otro par de años adelante un nuevo acuerdo municipal prohibía que circularan automóviles que no tuviera un filtro especial en el motor, ya que los

motores interferían la señal de AM y, claro está, la gente no podría escuchar los partidos.

Las ramas de los árboles que se yerguen al costado del estadio serán cortadas para que no se vuelva a matar otro aficionado tratando de ver el partido. Estrictas normas de seguridad regulan que los piratas no hagan más entradas falsas, solo está permitido agotar todas las entradas en preventa para subirles los precios en reventa. Las salidas de emergencia hace ratos están arregladas, lo que no midieron fue el alambre de púas que divide general de preferencia, en el que un aficionado, bien a verga, trataba de cruzar al otro lado (suponemos que se quería cruzar a preferencia), luego de sofisticadísimos ejercicios de flexi-

bilidad y escapismo, el borracho amigo se desprendió de las púas y dio con todo el hocico en el graderío de general.

El padre ejemplar llevaba un pequeño radio de transistores donde escuchaba la narración del partido por esos sofisticados comentaristas deportivos que nos saben poner pausa en cada una de las muladas que terminan diciéndolo porque tienen la orden de que está terminantemente prohibido que un nano se gundo de silencio se interponga en su voz de metralla y le pareció a la oído del padre ejemplar, así personas precavidas como este padre pueden enterarse también de resultados paralelos, o sea, son esos mensajeros especiales que

dan la buena nueva, como Robin Williams cuando dice que tiene una radio en un campamento de concentración y se pone a inventar historias para poder extorsionar tranquilamente a sus compañeros, solo que en este caso el vocero-padreemplar, no recibe nada más que el comentario del joven gordito sentado a su lado “malaya perdieran esos cerotes”.

Gol. El segundo gol de los visitantes, esa partida de orates descerebrados que quieren hacer ver mal a nuestros aguerridos atletas, cómo lo permitieron, cómo pudo suceder. Silencio, el balón del lado de la portería local es un cuchillo afilado que ahoga los eufóricos gritos de animal de la inmensa mayoría. Silencio, el arquero vuelve

sobre sus pasos a sacar el balón, mientras los simios visitantes festejan en solitario, el grito de 11 hombres más otros 10 o 15 que han de haber en la banca, se escucha en el estadio como el zumbido de un insecto que aquella noche fue imposible de aplastar.

El empate no es útil, no sirve de nada, un empate cuando se juega de local es vergüenza, es castración, *coitus interruptus*, *loritos* a medio palo, la cadencia del pajarito, huevos en salmuera, guaro tibio, camioneta de domingo, mal de ojo, palomita encandilada, un empate es como el hambre, como el chucho que sin comer se acurruca en la esquina y duerme.

Gooooooooooooooooooooooooool, goooooooooooooool,
gol gol gol gol gol, el cielo se llena de gritos y la bestia
abre sus fauces en plenitud. Del gigantesco jaguar solo se
ve el hocico abierto, y un alarido de miles de cuerdas en
su garganta. Tres filas arriba un desconocido brinca para
abrazar al padre ejemplar, no se conocen, pero se aman, se
abrazan como si en ello se les fuera la vida, las camisolas se
estiran, no importa si se rompen, el suelo tiembla, el aire
se llena de basura, nadie la lanza, es la basura misma que
festeja, es la saliva del jaguar salpicándose. Gol gol gol gol
gol, guerreros alzando la cabeza del enemigo, conscientes
que, en este caso, esta bala solo nos salvó la muerte, la

sangre chorreando del cuello enemigo solo durará unos pocos minutos.

Todos de pie cantan el himno como buenos guerreros, padre e hijo emocionados, es una noche de amor, el orgullo invade el corazón de ese hombre que enseña a su cachorro cómo es la vida. La vida que es como el fútbol, porque sí, no lo sabe explicar pero lo intuye, el cachorro también, “hoy ganamos o ganamos”, no hay otra opción. Se termina el himno y una gigantesca bandera empieza a cubrir nuestras cabezas, y claro, bajo aquella inmensa sombra azul, a uno se le inflama el corazón de esperanzas, a lo mejor sí.

GUATEMALA MUSICAL

Pareciera que sin mucho esfuerzo podemos hacer una cartografía de la vida dominical, seguro, los domingos y su casi predecible rutina: pijama hasta el mediodía, fútbol, cine, almuerzo familiar a las 4 de la tarde, alguna escapada, el mar, un cafecito, camisa bonita para la tarde, qué sé yo, un domingo cualquiera, para algunos.

Para otros, (casi siempre los otros) la cosa es distinta, ponerse coqueto, un vestido bonito, unos tacones, la camisa adentro. Es el día de descanso por excelencia, que no se olvide. Un gran porcentaje de guatemaltecos a las cuatro de la tarde de un domingo hacen algo más simple y

elemental (será más bien trascendental), disfrutaban la vida con todo, la elección, sin muchas complicaciones, bailar.

El transmetro me deja a dos cuadras, camino y justo frente al Mcdonalds de la Bolívar, legendario lugar, catedral del gozo, un legendario salón de baile que lleva el poético nombre de “Guatemala Musical”. Una gran puerta deja ver una manta con letras de colores: “Este domingo: la internacional **Alma Tuneca y Chentío y su Marimba Concepción**. Desde la 3 de la tarde. Admin. Q20...

La avenida Bolívar, donde se ubica el salón, es un microcosmos. Guatemala Musical es en sí misma Guatemala, así, fácil, y por muchas razones es un bello extracto de este difícil país.

Antes de entrar se me acerca un señor, canado y bastante golpeado por la vida, deja escapar un fuerte aroma a alcohol, al aguardiente que disuelve las entrañas hasta el mismo espíritu. Sus palabras lentas y rasposas parecieran estar pronunciándose desde la misma raíz de sus zapatos viejos, gastados. Pienso en Bukowski, pero es pura paja pensar en un escritor cuando se siente la realidad en los callos de la mano de un hombre que aprieta la tuya. Platícamos un rato, me habla de Bush, de Irak y del tiempo que pasó preso en una cárcel norteamericana, se escapan lágrimas de su rostro, demasiada historia condensada en un cuerpo no puede hacer sino exprimerte los ojos, las duras uñas de la realidad nos atraviesan al mismo tiempo.

Así es Guatemala, como dice la campaña, del frío al calor en pocos minutos... entro pues al gran templo. La pista es grande, alrededor bancas de madera, en el techo adornos de colores, y al fondo una marimba con sus respectiva orquesta. En la esquina del salón una pequeña barra con unos rótulos de cartulina en los que se lee: Aguas 5, Cervezas 10. El bartender es un chavo como de 1.90 y noble rostro, "a este lugar viene gente de pisto y gente humilde", me comenta, "venimos a hacer amistades, este no es un club sino un ambiente de fraternidad", me dice extendiéndome una mano robusta que bien podría descolgarme la mandíbula.

No has bailado nada hasta que no has bailado con Alma Tuneca. “Somos la Santanera de Guatemala” me comenta José Pac, luego de 25 años de tocar en la orquesta, “en el 91 para una fiesta de la Independencia en Los Ángeles fuimos el show principal, nuestros teloneros: Alux Nahual y Ricardo Arjona” añade. Luego me acerco a una chica que camina vestida con una falda corta y una gran sonrisa, es parte del equipo, Mirna baila y canta desde hace 10 años en bandas musicales, “me fascina trabajar con hombres” dice con una sonrisa muy sugerente. La gente es muy respetuosa, de chulearla no pasan.

A las tres y veinte empieza el baile, el sonido del hormigo es distinto. Aún hay poca gente pero este espacio

es diferente, mágico. Nadie espera a que se llene la pista, tres parejas se paran y a bailar.

Ahí, en medio de la pista me atrevo a pensar que podríamos hacer una taxonomía elemental del baile:

1. **De cachetillo:** las manos que están entrelazadas se colocan en sobre el corazón, las mejillas unidas, la mirada fija hacia el pecho de la pareja, y se baila con un taconeado discreto y elegante.

2. **El guapachoso:** taconeado rápido, vueltas rápidas, juegos con las manos, mirada pícara, sonrisa complaciente. Ella contonea los vuelos de la falda y mide con cuidado el cuerpo que tiene enfrente, mueve el cabello y sacude los aretes colgantes al lado contrario en

que mueve la cadera; él levanta los hombros al ritmo y coloca los labios como queriendo dar un beso, pero solo es un simulacro.

3. **Brincadito:** si se baila despegados se brinca a los lados tomándose el cinturón con la mano izquierda, se desplaza en círculo. Si decide bailarlo pegado, se apretujan bien de las cinturas, se relaja ella, aprovecha él y a taconear duro en el piso, con firmeza.

4. **El charita:** se baila solo, con una lata en la manos, preferiblemente de cerveza, se mira a todo el mundo como si todo el mundo lo viera a uno, se pueden usar tenis blancos o botas vaqueras, hay que tener un poco perdida la mirada, y ser brincón, bravo. Los movimientos deben

de ser torpes y hay que combinar golpes de karate con una especie de baile a lo Michael Jackson.

5. **El travolta:** se baila acompañado pero realmente es como si se estuviera sólo. Es preferible ser muy delgados para este baile, hay que usar gafas oscuras, camisas de cuello con un botón abierto y unas buenas cadenas. Los movimientos son un poco exagerados pero seguros. Mejor si se llevan mocasines y se les saca brillo con la parte de atrás del pantalón.

Nora y Ana son dos hermanas que viven en Palín. Viajan todos los domingos desde hace cuatro años para ir a Guatemala Musical, ya son conocidas, su músico favorito: Fidel Funes. Les encanta el baile, van a eso. “En este

sitio es muy raro que a alguien le digan que no, se trata de bailar”, insisten. Al fondo suena una de las clásicas de Alma Tuneca, “La chichicúa”, un tanto fuera de lugar les pregunto si les gusta el reguetón, dicen que no, “la marimba es más honrada”.

Guatemala Musical reúne un promedio de 400 bailadores todos los domingos. Gente animada y sencilla que solo quiere pasar un buen rato de diversión. Es un ambiente bastante cordial para el promedio de la vida capitalina, la gente se mira y se saluda, se sonrío. Los Samayoa, por ejemplo, tienen 26 años de estar casados, tienen 6 hijos y desde que eran novios van todos los domingos a bailar, “es nuestra forma de hacer ejercicio y

relajarnos”, dice la señora con una cervecita en la mano luego de haber bailado ya un par de horas, el señor, toma su mano con la ternura de las parejas que de tan parejas se parecen ya. La gente habla sin enfado. Una risueña mujer me saluda y de entrada me dice “yo trabajo en el San Juan de Dios, en la emergencia, vengo a relajarme un poco, ayer entraron cinco baleados”, ella fue reina del carnaval de Mazatenango en el ochenta y tres, “ah mire, yo nací ese año”, le comento, ella lejos de tomar distancia, ríe conmigo, brilla.

Vuelvo a ver alrededor, una extraña alegría me invade, es una buena forma de acabar con la rutina del domingo, pienso. Es como una fiesta de pueblo, pero en la

“ciudad”, lo que implica una dulce conquista. Ante la aplastante presencia de eso que sospechamos que es la realidad, bailar sigue siendo una gran opción, en una ciudad donde la palabra violencia se astilla en la boca como si mordiéramos un pedazo de lata oxidada, el diálogo de los cuerpos se vuelve imprescindible, como canta un querido amigo músico “el miedo me lo quitaré bailando”, si me permite usted esta pieza, claro está.

EXOTISMOS URBANOS

El ojo que tú ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve.

A. Machado

La cotidianidad es una boca gigante, voraz, golosa. Como el bostezo de una ballena. El “todos los días” diluye en su poderoso tiner los nombres que les dimos a las cosas. Caminás por la calle con tu amigo que anda de visita, pasan por alguna de tus rutas y repentinamente terminás hablando solo. El visitante amigo se ha detenido, su cuello torcido y su mirada fija en un punto que está ahí y que seguro siempre ha estado, pero que ya no mirabas.

Es una tentación sumergirse en el origen de lo exótico, a la búsqueda de atrapar su significado dentro

de la ciudad. La discusión de las alteridades, otredades, subalternidades, post y neo colonialismo, neopostpunkal-ternativeapocalipticalmurdernidad y otras terminologías largamente estudiadas da suficientes luces para acceder al término. La bibliografía es muy extensa, quedémonos con algo a la mano “El exotismo es todo aquello que es otro” V. Segalem, citado por Todorov. Un taxista me dice “cómo le digo, exótico es... yo he leído que dicen *frutas exóticas*, es como... como raro”, coincidencias extrañas, una Hummer café-dorada delante de nosotros, “mire ese carro”, carcajada “ese carro es exótico” sentencia.

Aceptemos que el exotismo es justo a lo que nos suena. Es decir, la visión occidentalona de lo exótico, ya

obvia y asumida a fuerza de uso, pero siempre escurridiza. Algo así como *sabemos cómo es pero no sabemos qué es*.

Exotismos urbanos, programamos en nuestra agenda una visita a *El porvenir de los obreros*, o a conocer a don Paco en el parque central y su culebra cascabel la Marta Julia, que se convierte en crema que lo cura todo; o la lucha libre, pobre lucha, ansiado lugar común del ojo exota que la rebusca.

Todos los días un bus largo y verde pasa por la Bolívar frente a *Guatemala musical*, casi nadie en él se detiene a ver la manta que anuncia las marimbas a la entrada del salón de baile. El mismo bus largo y verde recorre los domingos, en plan turismo, las elegantes calles de la ciudad. En una

parte del trayecto todo el mundo da la espalda a un desfile de esculturas en mármol que “decoran” el boulevard que sale del aeropuerto. Todos levantan sus piecitos para poder ver con claridad los inmensos cachalotes aerodinámicos, las bocas semiabiertas, las ventanas relucientes de la terminal aérea, los ojos iluminados viendo esa increíble puerta del futuro. Qué tanta estadística hay en el asunto, cuántos guatemaltecos usan esa terminal y cuántos usan la otra, exóticas ambas

Cuál es el ecuador que divide un lado del *otro*, funciona que las grandes avenidas sean las que dividen las zonas, a la derecha la zona 10, a la izquierda la 9. Qué pasaría si el mismo bus verde que transporta gratuitamente

en recorrido turístico de domingo se desviara algunas cuadras, y en lugar de devolver a sus pasajeros al centro de la ciudad (“donde pertenecen” dice el busito), subiera hasta el corazón de la Zona Viva, a alguno de los Mall a los que no se puede acceder en bus. Y si la gente bajara a conocer esa otra plaza con nombre tan raro (sí, Oakland Mall), llena de tiendas y de gente, y donde también hay una plazuela circular donde se ven imágenes en varias pantallas interconectadas, que se parece al círculo con un chorrito de agua que hace don Paco, el de la culebra, antes de vender su producto.

Vaya autopista de ida y vuelta esta de lo exótico. El mismo autobús verde pasará pronto frente a la entrada de un pequeño centro comercial donde hay:

A) Un guardia de seguridad garífuna que además es músico y que se recorta el bigote como Chaplin.

B) Una galería de arte contemporáneo.

C) Un pasillo lleno de salones de belleza en los que la mayoría de estilistas son travestis.

Entre otras varias cotidianidades, ¿cuál de todas será más exótica?

ALMUERZOS EJECUTIVOS

Creer que un almuerzo ejecutivo no es comer en la calle es un gran engaño, comer en el garage de una casa desconocida en la que para entrar al baño tenés que pasar saludando al nieto de la señora que juega entre los muebles setenteros de alguna colonia clasemediera venida a menos... comer en sillas plásticas, sobre mesas plásticas, con manteles que no son sino pedazos de plástico, en platos de pollo campero robados, guacales para la sopa y posillos para el fresco todos plásticos, peor aún comer en un pedazo de duroport que es como comer sobre el popo de un robot, y desarmar el pedazo ese de cartón

derivado del petróleo con cubiertos bastante inservibles que también son de plástico.

Pero se hace lo que se puede, son los más baratos y los principales culpables del desprecio generalizado al adobado, pollo asado y al fresco de carambola. También son responsables de mantener en forma nuestra fauna y flora bacterianas desde la boca hasta la orilla existencial del universo.

Los comedores ejecutivos han ayudado la proliferación de apodos como “gordoe pastel”, “bolsa crema”, “la cuchi cuchi”, “pasito tun tun”. Yo les debo varios años de almuerzos, 40 libras de diferencia (sí, yo era flaco cuando salí del colegio), les debo salvarme de varias crudas,

mantenerme rosadito y cachetón, y bueno, evitar comer manteca en papel, ahí me la como en plástico.

Pero no quiero dejarlos mal parados, se come rico, sobretodos los que tienen la sensatez de poner varios menús, además los almuerzos ejecutivos (¿y si les ponemos almuerzos secretariales?) son un buen pretexto para chismear, coquetear, comprar productos de belleza por catálogo, buscar trabajo en los clasificados, darse una siesta en la mesa del comedor, sacarse el botón del pantalón, hablar de los freelance (nunca se hable de un freelance dentro de la oficina) y lavarse las manos (para quienes tengan esa mala costumbre). En fin, esos 45 minutos de comida, compartiendo con los amigotes o en la soledad de

los platos sin ruido, nos recuerdan que a veces, solo de vez
en cuando, necesitamos comer.

EL ARTE DE COMER POLLO

Alguna vez una tía me dijo “tienes que pedir permiso para agarrarlo con las manos”, a lo que mi ingenuidad infantil ya infectada con cierto virus de incomodidad con eso de la etiqueta, sonrió, silenciosa, y siguió embadurándose los dedos con el pollito.

No es tampoco un misterio por qué a muchos de nosotros nos pone nerviosos un puesto de comida con más de cuatro cubiertos (tenedor, cuchillo, cuchara y la muy noble y nunca bien ponderada, cucharita), y de por qué termina uno salpicándose la camisa luego de la batalla de quitarle la carnita al plumífero. Eso para los salsosos.

Los fritos son otra cosa. Me atrevo a afirmar que es imposible pensar un pollo frito sin ketchup, sin esa dulce emulación de la sangre. No logro imaginar un plato con el broncino oscuro de la piel del ave empanizada junto a una mediana dotación de papas fritas y un buen chorro de salsa. El lado fundamentalista del ketchup es el de los que se la echan a los huesos “si tan rica que es la médula”, dicen mientras le hincan el diente al esqueleto.

Están los que no comen pierna: les desagrada la imagen del cavernícola agarrando la articulación angosta, blanca y regordeta del ovíparo emplumado incapacitado para volar.

Los que solo comen pechuga: suelen disfrutar la sensación de tener la boca llena y de observar cómo luego de dar el glotón mordisco aún conserva una buena parte de esa ambiciosa protuberancia carnosa degustada más por los humanos que por los gallos.

Los que solo comen alitas: personas delicadas y de paladar menudo, de aguzado aparato auditivo que degustan, no solo el sabor de nuestra ave de corral, sino del portentoso sonido de la articulación quebrada. Índice y pulgar sostienen el último desmembramiento del pollo para remojarlo en lagunilla de ketchup.

Los que se la comen entera: a la gallina, por supuesto (la carne del gallo suele ser demasiado dura, se reco-

mienda en caldos domingueros para aliviar los males de la deshidratación provocada por la asimilación de la glucosa en que se transforma el alcohol luego de haberse consumido raciones mayores a la esperada). Estos, poco selectivos, han aprendido a hallarle el gusto a las partes del gracioso pajarillo doméstico, y le entran igual, disfrutan mucho la compañía de cualquiera de las categorías anteriores, porque se pueden comer lo que ellos dejan.

Finalmente, lo amantes de este saludable animal (tal como reza la campaña de la asociación avícola, denominada “el huevo es rico”), se dividen, indistintamente de las categorías anteriormente enunciadas, en: los que se comen el pellejo y los que no. Pero no es trabajo de este

profano como todo ahondar en esa compleja condición
de la naturaleza del pollo.

VIVIR Y HABLAR EN GUATEMALTECO

Caminar y estar atentos, caminar y dejar los audífonos guardados, un ejercicio de sensaciones, de sensibilidad si se quiere, subirse a un bus y guardar silencio, dejar que el audio nos invada. No un paseo sino una inmersión, entrar despacito al agua, sin agitarla mucho, caminar y estar atentos a cómo hablamos, caminar y reconocernos en la voz de la señora que está atrás de nosotros en la cola del banco, en los gritos del brocha del bus y en los chistes del elevador, y hacernos la pregunta “¿qué es ser guatemalteco?”, al vacío de su respuesta le colocamos estas palabras como piedritas alrededor.

La mi Guatemala mía y la vuestra son doncellas mellizas de padre y vocaciones diferentes.

Naveguemos entre la web y la memoria buscando anuncios de los 80 y 90, marcas que sobrevivieron, marcas que crecieron y otras que desaparecieron en el cementerio natural de los mercados. Recordemos los anuncios y al revisitarlos viajemos por una máquina del tiempo algunos, y por un museo retro los otros, en todo caso al verlos en la pantalla o en la imaginación, aquellos anuncios no precisamente nos llevan a pensar en nuestra “identidad”, en la complejidad de representarnos, casi seguro reímos ante las imágenes de modelos ochenteras saliendo de una piscina, de hombres fornidos salvando pueblos, de niños

rubios jugando sobre la grama, de la Chilindrina en un anuncio de navidad, otros tiempos otros lenguajes.

Así de unos años acá, otros lenguajes han llenado los espacios publicitarios, imágenes familiares a nuestros ojos, sonidos callejeros, palabras que hasta entonces no habíamos escuchado en la radio, con personajes que tampoco habíamos visto en la tele y parecieran haber salido de lo que vivimos todos los días. Imágenes que apelan al ser guatemalteco, a reconocernos en lo que vemos (y en lo que consumimos). ¿Búsqueda de identidad?, quizá, pero otras razones bastante lejanas a la antropología también lo explican. Celeste de la Riva es una buena amiga, amante de la cumbia y de la gastro-

nomía, en su lado oscuro, digamos, es analista de tendencias de mercado, me comparte algunas de las ideas que salen a flote al estudiarnos como consumidores, “hay una búsqueda de valores por parte de los jóvenes porque pareciera no haberlos”, me introduce a su forma de entender esta extraña revisión de nuestra idiosincrasia “hay una carencia de significado en los símbolos patrios, no sabés al fin si la bandera es azul o celeste, pero tu idioma sí lo podés identificar, con lo que más te identificás es con tu vocabulario” continúa...

El exiliado nunca pierde su tierra. La lleva consigo, más que en la memoria en la imaginación. La imaginada es íntima y sutil, por real y por imaginada. Nunca concluimos de recorrerla, nunca

nos fatigamos de crearla. Como en el amor, es más su imagen la que amamos que la tierra misma en sí. Y la imagen irrumpe, se nutre, se erige con lo que nadie puede suprimirnos: mitos, actos, sueños, conducta, palabras.

"lo ves a todo nivel socioeconómico, en Los Ángeles en una venta de discos ves una bandera guatemalteca, acá ves una norteamericana", y en esa respuesta Celeste nos da una de las claves, "en el migrante la nostalgia te da el orgullo por tu país de origen... la tradición, los valores de la familia, un recuerdo idealizado", bien, ahí una de las puertas de ingreso a el fenómeno de vernos en la publicidad. Ahí también el contraste de fronteras, ¿qué es el país para los que vivimos en él y para los que viven fuera?,

al trasladar la pregunta al estudio del mercado queda algo como ¿qué tiene este producto que lo diferencia de los que vienen de otro país?, bueno, no es para nada casual que con la globalización y más recientemente con las firmas de varios Tratados de Libre Comercio, las empresas locales inviertan en promover su valor nacional.

El mundo se achicó sin que hayamos crecido.

“con este bombardeo del exterior de productos, estilos de vidas, políticas económicas y de entretenimiento, se intenta que el guatemalteco se identifique y que sienta cercano o suyo lo que puede consumir. También con el proceso las migraciones surge la importancia de la identidad y del origen, de dónde es y de dónde soy.”

Coincide Julio Hernández, melómano sí, y gran cineasta.

La imagen es una pieza fundamental de esta revisión de nuestra identidad, de nuestras palabras, hasta hace poco tiempo los guatemaltecos solo podíamos vernos en la pantalla chica y casi exclusivamente en noticieros y documentales de la guerra, es con el auge del cine guatemalteco que recibimos la sorpresa de vernos y escucharnos en la pantalla grande.

“Uno de los elementos más complicados de la narrativa cinematográfica es el diálogo, cómo se hace un diálogo creíble, natural y actual, o que concuerde con la fecha en la que se sitúa la historia. Como no estoy tan seguro de eso lo que hago en rodaje es pedirle a mis actores que me

presenten sus palabras, su dicción, su tono, les digo que quiero que hablen como hablan cuando no hay una cámara enfrente” nos cuenta Hernández sobre su método de trabajo, sin embargo recuerdo con claridad el comentario de unos chicos a mi espalda en la sala de cine, con Gasolina en la pantalla, susurrando bajito nosotros no hablamos así. A mí pregunta de cómo nos escuchan cuando se ve la película en el extranjero Hernández responde que “muchísima gente no entiende pero comprenden que lo que dicen los personajes no tiene mayor importancia, la película no es narrada a través del diálogo, al final todos salen repitiendo cerote”. Claro, si tuviéramos un contador de palabras, no

dudo en que nos sorprendería ver cómo sube el numerito cada vez que cerotiamos.

“Intento escaparme del diálogo tipo telenovela, de la corrección gramatical y de entonación porque sino mis diálogos suenan a papel, suenan como si los escribí, no son orgánicos, se puede pero también se suele caer en clichés, en un caló lleno de estereotipos”, concluye el director de Las marimbas del infierno.

El problema es verse desde fuera. Como si de otro se tratase. Salirse. Ni siquiera es asequible cuando medio siglo más tarde soportamos leer páginas nuestras sin reconocernos. No las releemos. ¿Era yo aquel insensato? Una duda defensiva apenas. Así como el cuerpo ha mudado íntegramente sin dejar de ser el

mismo, lo mismo ocurre con el cuerpo verbal que identifica la conciencia de sí.

“El habla es inasible, es como tratar de esculpir con agua. Cuando se hace hielo nos queda un ente frío, con forma, pero estático. El habla cotidiana es un río con carencias, bajíos, remolinos, aliteraciones y cataratas. Indomable. Nos podemos acercar al fenómeno conociendo la derrota, o ser parte de él -como lo somos - en el diario vivir.” Piensa el escritor Juan Pablo Dardón, o nadamos o nos sentamos a escuchar el río, sin atrapar, sin detener, hacerse parte, hablar.

El registro de nuestras voces es extenso y escurridizo, los intentos por ordenarla se volverán, irremedia-

blemente, un libro de consulta para lingüistas, un ejercicio o de investigación o de nostalgia, o por el contrario serán objetos de culto popular, serán parte de una tradición oral que nos caracterice: “dispuso el diablo venir a la Tierra, a Guatemala a ver cómo era la quema del diablo, y aqueos fogarones. . . . se paró el chofer y le dijo “señor de los cachos, por favor métase un cacho atrás”, se escucha en la voz de Rafael Hernández “Velorio”.

... Es saber sonreír

“Reír por no llorar. Si te das cuenta, muchos chistes nacen de la tragedia. De una violación, de ser homosexual en un país machista, de la separación de una pareja, de la migración, de situaciones que no son agradables. En una

sociedad que se abre plena al fracaso, lo único que queda en control de la población es su humor. La risa le gana a la tragedia, no importa su dimensión.”, enfatiza Dardón; y es verdad, sabemos reírnos, probablemente porque también conocemos de frente sus opuestos.

¿Qué es ser guatemalteco? No busco mi identidad. Soy lo que hago por y para los otros y lo que creo (todas las connotaciones).

El lenguaje entonces que aparece en estas revisitas tiene un factor común, la clase media. En el imaginario popular encontramos nuestras iconografías, en el habla callejero nuestra voz y en la misma calle nuestro rostro. Mucha tela por cortar ante ese pequeño detalle de representación, ¿por qué nos pensamos desde la clase media?

¿Por qué nos pensamos en las calles, los mercados, los buses?, quizás la respuesta inmediata es estadística, si comparamos el número de personas que utilizamos un bus como medio de transporte, con cualquier otra opción los resultados serán apabullantes. Pero habrán muchas otras respuestas para cada caso, desde la publicidad, desde el arte, desde la antropología, etc. Para Mario Palomo, ensayista egresado de la escuela de Historia y activo espectador de la vida nocturna guatemalteca “estos acercamientos a la cultura popular pueden dar interesantes resultados... los chavitos fresas no sabían que eran fresas hasta que conocieron esos contrastes”, explica Palomo, “esos tour a la

zona 1 les dan algo que no les puede dar ni Miami ni Facebook”, añade.

A esas maneras de vernos a partir de los niveles socioeconómicos habrá que añadir las regiones y sus identidades, pues aunque publicitariamente se quiera promover una idea “chapina” de idiosincrasia, en realidad eso “chapín” funciona esencialmente en la capital, o cuando la selección juega o en términos más generales cuando toca compararse con los vecinos fronterizos, pero luego de eso los regionalismos suelen estar muy presentes, la identidad cobanera, zacapaneca, quetzalteca, no funciona de la misma manera que la capitalina, lo que implicaría que, para seguir con la analogía de los tours por el centro de la

ciudad, vendría bien hacer esas visitas guiadas para capitalinos a otros departamentos, es de imaginar que esos viajes darán algo que la publicidad no necesariamente puede dar.

Ser guatemalteco no es azar ni es gratuito. Esta primera etapa del juicio final con denuedo se conquista.

En el arte no son pocas ni son nuevas estas revisiones, a pesar de que nuestros registros audiovisuales han sido víctimas o del tiempo o del desinterés, literalmente hemos grabado sobre nuestra memoria en múltiples ocasiones, podemos encontrar diversas voces en distintos momentos de la historia del arte y de la literatura guatemalteca. Sin embargo también podemos reconocer en los últimos años un crecimiento en los contenidos ligados a lo guate-

malteco, las revisiones a la clase media, al imaginario “popular”, la revaloración de la crónica, sobretodo en su variante blogger, la proximidad y uso de las nuevas tecnologías y con ello el amplio y riquísimo registro audiovisual que producimos nos permite que, híbridos, como mucho del arte contemporáneo, artistas, cineastas, escritores, hiphoperos, publicistas, comediantes, diseñadores gráficos, actores, bailarines, músicos, y demás organizadores de lenguaje, sigamos persiguiendo a la identidad que siempre va un paso adelante.

Ser una velita de sebo en la noche de la iglesia de Chichicastenango.

Somos muchas voces, somos muchas hablas, los recorridos escuchándonos y viéndonos nos muestran que entre el anuncio de la radio, la película en la pantalla y el piloto del bus en el que vamos hay muchas puertas para entrar y salir a la identidad guatemalteca que es en realidad un plural que se extiende indefinidamente, fractalmente, identidades guatemaltecas.

Se trata de tomarse el tiempo para escuchar los sonidos, los acentos, las entonaciones, ver la forma de caminar, de reír, de insultar, darnos el tiempo de observarnos, de no taparnos la nariz, de caminar, de ganarle a la paranoia y descubrir que somos una sociedad más rica de lo que pensábamos y menos violenta de lo que quieren

que creamos. Detenerse a aprender cómo hablamos es un gran paso para hablarnos más seguido, para intuirnos mejor. Leernos, escucharnos, sentirnos y olfatearnos, un momento íntimo con la cultura, abrir la interrogante con devoción ¿quiénes somos? Y reírnos, descaradamente, al descubrir que no lo sabemos pero algo intuimos.

Varios años atrás Luis Cardoza y Aragón escribió en sus memorias un texto que tituló ¿qué es ser guatemalteco?, algunas de sus respuestas, fragmentarias y abstractas, lubricaron este recorrido en los párrafos que aparecen en cursiva. Entonces, como ahora, la respuesta es la misma pregunta, no hay manuales, no hay fórmulas, como usted lo escribió, don Luis,

A mi geografía amnésica nada preguntes. No sabría responderte. Déjame soñarla.

Dije con humor y cursilería lo dicho. El humor es reto, fraternidad vertiginosa. La cursilería, para intentar ser comprendido.

Con la misión de ser felices nacimos guatemaltecos. ¿Cómo cumplirla si el pueblo no lo es?

Y entonces, don Luis, ciudadano de la Vía Láctea, para añadir algunos versos a sus respuestas, podemos salir con los sentidos alerta a buscar esa felicidad de la que habla, y cumplir la misión expandiendo esta lengua inmensa y ancestral que compartimos.

DON TAMAL

Sencillo en Guatemala tiene tres acepciones fundamentales. La primera la explican los rótulos “no aceptamos billetes grandes, por favor traer sencillo”. La segunda es un vil eufemismo de la pobreza, “es que es gente sencilla”. Y la última tiene que ver con una actitud ante la vida, se es sencillo cuando se tienen suficientes razones para sobrestimar al ego y simplemente se continúa sin pensar en ello. Estas personas sencillas suelen ser o hacer grandes esas pequeñas cosas, o sea, las que perduran. Tres razones que me permiten pensar que el tamal es sencillo. Hoy me dispongo a visitar a todo un personaje de nuestra cultura, don Tamal, sí, don.

Su casa, antigua y acogedora, es una maravillosa cápsula del tiempo. Sus robustas paredes de adobe sostienen una discreta galería que cuenta algunas de las hazañas de nuestro anfitrión: “Familias llevan tamal a indigentes”, “Se inicia la temporada del tamal”, “Un tamal puede hacer la diferencia”. Son notas más bien pequeñas, “la gente se acostumbra usted, de tanto verlo a uno se vuelve invisible”, me comenta con la voz un tanto gastada. Me invita a sentarme.

Don Tamal es un tipo galán, robusto. Sus manos laboriosas hablan de largos años dándole y dándole. No vale la pena calcularle la edad; es algo así como ese tío que se las sabe todas, o se las inventa.

Ahí, sentado en su sala, resulta casi inevitable no pensar en la voz de locutor “tierra del son, de las guapas mujeres...”, sin embargo, no hay distancia en ello; hay algo de nacional en esa sala que no tiene nada que ver con el Inguat, Reyna Barrios, o la selección de fútbol. Tiene que ver con sentirse parte de algo sin sentirte incómodo. “A nosotros nos cuesta sentirnos de acá, como si ser guatemalteco fuera algo del otro mundo”, dice con el gesto un tanto serio, como diciendo que, efectivamente, ser guatemalteco es de este mundo. Le pregunto algunas cosas sobre su vida; me dice “mire, es fácil, yo vengo de donde usted prefiera, y voy adonde me diga; mi razón de ser en esta vida no es tener algo

que contarle de mí, es poder sentarme acá con usted”, y sonríe. Entiendo, pues, estar acá no es para lograr la descripción ordenada y estética de la vida de este personaje; es para hablar de la vida puesta en acción, o sea, una forma de fiesta.

Alargar la letra “a” cuando se va a hablar de la experiencia es privilegio de muy pocos. “Aaaaaaaay, joven, yo sí he estado en todas las fiestas, en todas, no me he perdido una, y míreme, ese es el secreto...”, baja un poco la voz y se acerca a mí “hay que pasárselo bien”. Se le ve rojo, se le ve negro, se le ve de arroz, de maíz, que de pollo, que de cerdo, con picante y sin él. Don Tamal sabe que la supervivencia consiste en la adaptación, y si no

lo sabe, lo practica. “Cuando la gente cree que ya me tiene bien medidito, me les transformo”, dice sonriendo. Cada familia, cada casa, cada tienda tiene su personalísima relación con don Tamal; en ese sentido es algo así como el Santa Claus de la gastronomía guatemalteca, le da algo distinto a cada miembro de la familia. Arreglos legendarios, recetas ancestrales, ritos y maneras muy particulares para cada casa.

Del alcohol no tiene mucho que decir. “Lo respeto” dice a secas, pero con cordialidad. Con la música sí se le transforma la cara, “no pues, si no se puede festejar sin bailongo”, asegura, mientras acomoda sus brazos simulando un baile de salón. ¿Y qué pasa con la reli-

gión? le pregunto, “qué pasa de qué”, me dice bastante indiferente. Pasa que uno se confunde en las entrevistas, pienso. Pero se vale, soy yo el que sonrío ahora.

Muchas de las tradiciones locales se han visto intervenidas por diversas razones. Muchos sospechamos que básicamente es una trampa mercadológica en la que algunos caen. Aunque habrá quien diga que, de cualquier modo, muchas fiestas son producto de tradiciones que no nos son propias, vale la pena decir que nos apropiamos de unas y hay otras que nos apropiaron. Le comento a don Tamal algo parecido, y se ríe. “Mire, la gente que prefiere comer chompipe que tamal, están en su derecho, yo no digo nada, igual chupan kuxa que etiqueta negra, pero lo que sí le

puedo decir es que conmigo, toda la gente vuelve, siempre”.

Es fácil entenderlo; las tradiciones no son un peso, son maña, fluyen por los años y como si jugaran escondite, van apareciendo y desapareciendo a su ritmo. “Que evidentemente este momento histórico ha cambiado en algo la forma en que las vivimos, ni dudarlo, yo tomo Coca Cola sentado en el sofá mientras veo en la pared un póster del Xelajú Mario Camposeco junto a unos banderines, uno del Real Madrid y otro del Barcelona. No, no le voy a ninguno, pero hay que tener algo de qué hablar; nunca se sabe, ¿ verdad?”, me hace recordar el dicho “chucho viejo, ladra sentado”.

Empieza a oscurecer y don Tamal prende las luces, unos bombillos rojos. Son casi las siete de la noche. “Yo soy barato, no me le niego a nadie... Mire, ¿y esto para qué es?”, pregunta, refiriéndose a esta entrevista. Yo ya no sé muy bien qué responderle, pero le recomiendo que le presuma a su esposa la noticia, que se iba a publicar en un libro de crónica. Él se ríe con fuerza: “Mi esposa me dijo un día que mi ropa olía a leña de otro hogar y me sacó por la buena. Es difícil esto, usted, pero alguien tiene que hacerlo”. Yo he pasado una tarde de pura sabiduría; pienso que David Carradine pudo haber estado tranquilamente a mi lado escuchando esta conversación. Como pienso también que no hay que pensar tanto las cosas. Este Don es sencillo, no

se complica. Un tamal es un tamal, pensará uno; claro,
nada del otro mundo... más bien, todo lo contrario.

MAXIMÓN

Zunil es un pueblo maya-quiché del occidente de Guatemala, para poner alguna referencia está a cuatro horas de la capital del país y a un poco menos de dos horas de la frontera con México, la Frontera Sur que le llaman.

El poblado es particularmente bello por la geografía (rodeado de verdes montañas), por la arquitectura (tradicionalmente las casas eran de adobe y techos de teja de barro, hoy, gracias a las remesas, el pueblo cuenta con gigantescas casas de por lo menos tres pisos, construidas con block y con cualquier cantidad de colores, formas y texturas) y una imponente iglesia colonial con uno de los retablos más hermosos de la región. A los gringos

les fascinan sus colores, su mercado, mujeres indígenas hablando quiché, las callecitas de piedra, en fin, todo un coctel para el turismo *buena onda*.

“¿Mire, no sabe por dónde anda Maximón ahora?”, pregunto a una señora del pueblo que con bastante indiferencia sigue su camino. “Es mejor preguntar en la cantina”, le comento a mi amigo salvadoreño a quien traigo a Zunil para que conozca a este hermano, a este tata. “No sé decirte si llamarlo Maximón o San Simón, ni sé qué decirte de sus orígenes ni de su simbología profunda, pero intuyo que es la solución a muchos de nuestros problemas”, le amplió a mi compadre que sigue sin entender bien de qué va la cosa.

Y es que, efectivamente, Maximón es difícil de explicar, la referencialidad occidental se queda corta y la maya puede que también, porque en realidad es otro mágico resultado del sincretismo, es una especie de santo y anciano maya, un piadoso interventor ante Dios y a la vez un sabio anciano que nos da consejo, que nos acompaña y nos cuida, “está entre tu nahual y Jesús”, como me trató de explicar una amiga.

Su representación varía según el lugar (hay varias en el territorio guatemalteco) pero esta, la de Zunil, es la de un hombre maduro, sentado en una silla (humilde trono), con unos lentes de gota oscuros, un pañuelo atado a la cabeza y un sombrero, traje, corbata, camisa blanca y

guantes negros en las manos, decir que es un muñeco de madera es un poco incómodo, pero podría ser una forma de describirlo. A su derecha la vara, símbolo de poder y sabiduría, el Aj Mam, también se dice que le dicen, o sea el abuelo de la vara.

Con cierta periodicidad Maximón cambia de casa, la cofradía encargada de su cuidado se encarga de moverlo, esta vez está en una casa de 4 niveles, vacía. El primer nivel es para él, su espacio, y en el segundo hacen las ceremonias, que podríamos entender desde los ceremoniales mayas, dependiendo de la casa éstas se hacen en el patio o en un cuarto contiguo, da igual. Por ahora estamos en

el cuarto de Maximón, iluminado por la mezcla de luz natural, luces eléctricas blancas y luces de velas.

Ese día una familia rodea al abuelo (yo personalmente lo percibo como una especie de tío, el tío que siempre está ahí, duro y solidario, arrecho), familia mestiza, cinco hijos y la madre, ella, sacerdotisa y protectora toma a cada uno de sus descendientes y les limpia con un manojito de ruda, la hierba de la limpieza por excelencia. Se las pasa por todo el cuerpo con movimientos rápidos y bruscos hacia el exterior, “*fuera, que salgan*” se escuchan las peticiones de la señora que se mezclan con pequeñas risas, sobretodo cuando las ramas golpean la entrepierna. Al terminar la limpia, toma la vara del altar y cubre el espíritu de sus

herederos haciéndoles varias cruces por todo el cuerpo y asegurándose que la vara pase rápidamente por todo el contorno, pincel espiritual. Durante todo el rito cada uno sostiene un octavo de botella de aguardiente en una mano, que al final destapan para que la madre beba un sorbo y se los escupa encima como fuego líquido, pureza ética

Al terminar, la hija mayor repite el ritual con la madre. Luego toda la familia, como un coro de ángeles, sostiene una vela en la mano que cada uno coloca en las piernas de Maximón, después ofrendan lo que quedó de su octavo de aguardiente y recuestan al abuelo para verterle el trago en la boca.

Durante este tiempo, mi amigo y yo observamos el rito con una bastante ingenua devoción. Entonces dos señores hacen su aparición en el salón, camisas blancas, bigotes espesos, barrigas experimentadas y hebillas brillantes, botas, claro está. Esperan en silencio su turno.

La familia termina y mientras la madre levanta sus implementos ellos empiezan a ocupar su lugar, el más joven saca dos mazos de cartas de la baraja española, y 4 latas de cerveza. La madre se indigna y no duda en espetarles, “a él solo le gusta la Indita”, refiriéndose a la marca del aguardiente que levanta con su mano, enseñándoles. El guía de la ceremonia responde en un claro acento mexicano “es que no supimos donde comprarle”, prolongando

la e final. Ella ríe y pregunta de qué parte de México, “Tapachula”, ambos.

Cada quien vuelve a lo suyo, salvo que ella interrumpe el inicio de la ceremonia de los tapachultecos para pedirle a su hijo que le tome una foto con el Tata, el muchacho saca su blackberry.

Ahora sí, el servidor se arrodilla y coloca las cartas en las piernas de Maximón, las baraja, las golpea contra sus manos mientras logramos escuchar, “hermano, hermano, yo soy el extranjero”, como una letanía extraña, “el extranjero, el extranjero, el extranjero”, se empina la cerveza, baraja nuevamente las cartas, se postra y repite “hermano San Simón, hermano guatemalteco, yo soy el

extranjero, el extranjero, el extranjero, yo soy el extranjero, hermano San Simón, hermano guatemalteco”.

“Y ustedes, ¿no van a ir a saludarlo?” nos pregunta la madre que nos ve a punto de salir del lugar, “vayan a tocarlo, tóquene su mano”. Al fondo logramos ver el baño-escupida de cerveza que cae en el rostro del hermano mexicano, y salimos del salón a tomar uno de esos que los gringos llaman chicken bus.

**BREVE NOTA INNECESARIA
A PROPÓSITO DE UN ENSAYO
QUE NUNCA SE ESCRIBIÓ**

En repetidas ocasiones traté de escribir un ensayo sobre la representación de las clases populares en distintas manifestaciones lingüísticas en Guatemala entre 2004 y 2010, se puso de moda escribir sobre aquello que las ciencias sociales llamarían cultura popular, y entre campañas publicitarias, fiestas cumbieras, aguardientes tradicionalmente obreros popularizados por exóticas mezclas que se venían haciendo en las cantinas desde hace muchos años atrás, muchas manifestaciones artísticas terminaron haciendo eco de esta moda, tema de temporada. Digo moda porque es fácil encontrar un largo listado de

productos culturales que siguieron esta línea, pero es prácticamente imposible encontrar verdaderos ejercicios de reflexión, análisis u opinión seria sobre el tema, razón por la que no hablo de revisión sino de moda. En fin, pienso que en muchos casos esta moda replicó discursos profundamente clasistas y racistas sin haberlo llevado a un espacio consciente, reproducción pura, dura e ingenua, a pesar de ello el registro de este momento resulta fundamental para entendernos. Pienso que el caso Tortrix (marca guatemalteca de frituras pionera del uso de los referentes populares para el posicionamiento de su marca) es un caso emblemático de cómo se puede transformar el imaginario de un país en menos de 10 años, incluyendo

nuevos signos, nuevas referencias y lograr profundas transformaciones semánticas en el imaginario de una nación, personalmente no estoy en desacuerdo con muchos de los signos que esta marca introdujo en sus campañas, pero considero que es El Caso emblemático para demostrar la capacidad del lenguaje para generar grandes transformaciones, sea este comentario una provocación para algún responsable académico que quiera profundizar en esa línea, y este libro mi personal registro de aquellos días en los que pensamos que la cumbia podría salvar al pueblo y terminamos comprando otro producto más del supermercado postapocalíptico.



JULIO SERRANO ECHEVERRÍA

(Quetzaltenango, Guatemala, 1980)

Sociólogo y escritor, perteneció al Taller de literatura activa «Eunice Odio» entre 1990 y 1993. Ha publicado: «Programa de Mano» (2008), «En cuerda floja (2014). Ambos con Editorial Arboleda, Costa Rica. «Amares» (2014), publicado por Editorial Ixchel, Honduras. Una selección de sus poemas denominada «El fin de los días» fue publicada por Editorial Alebrije, Costa Rica, en formato artesanal (2013).

Parte de su obra se ha publicado en las antologías «Instrucciones para salir de un cementerio Marino» del taller de literatura Activa Eunice Odio, en 1992; Sostener la Palabra. Antología de Poesía Contemporánea costarri-

cense, Editorial Arboleda, 2008; Antología Poesía del Encuentro, 2010, todas editadas en Costa Rica. En el año 2013 fue incluido en una edición especial de la publicación hispanoamericana «Otro lunes», editada en Berlín, Alemania, como parte de una selección de poesía centroamericana. En el año 2014 fue incluido en la publicación literaria Rayuela, del Diario El Péndulo, en Chiapas, México, como parte de una selección de poesía costarricense. En ese mismo año, trabajos suyos fueron incluidos en la edición especial de la Revista apócrifa «Conjetura», dedicada al Festival Internacional de Poesía de Costa Rica.

Tiene publicaciones en espacios virtuales dedicados a la poesía y la creación literaria, como afinidades electivas, capítulo Costa Rica, La Ratonera, Costa Rica y Letras Uruguay (Uruguay).

Ha participado en encuentros y festivales de Poesía en varios países.

Actualmente es Director del Instituto de Estudios Sociales en Población (IDESPO) de la Universidad Nacional, en Costa Rica.



Colección Volcán 2011
Diciembre

La composición tipográfica
se hizo en Freetype, Perpetua
y Raleway de 30 a 10 puntos.

Cuadros sin costumbre, de Julio Serrano Echeverría
se imprimió en los talleres de Silabario silabarioxela@gmail.com
El tiraje, sobre bond 60g/m² y texcote c/12 es de 50 ejemplares.

Colección Volcán

12